

EL BIEN PUBLICO

"NUESTRA VICTORIA ES
NUESTRA FE" (S. Joan, 5, 4)

Tel.: 8.09.06 - 8.09.56

ASO LXXVII. - N.º 23.354. — EDICION DE 14 PAGINAS.
EN DOS SECCIONES. — MONTEVIDEO, VIERNES 21 DE
NOVIEMBRE DE 1970

CALLE CIUDADELA 1469

SIEMPRE EN CAPILLA

Fue hacia la escalera y subió los peldaños de dos en dos. Alexander y yo nos quedamos convertidos en estacas. A los pocos minutos resonó un portazo y le oímos bajar. Penetró en el comedor, vio los platos vacíos sobre la mesa y lanzó un rugido para que Honora sirviera la comida. Alexander, rojo como la grana, se le acercó y le preguntó suavemente:

—¿No han aparecido síntomas? Obtuvo una negación como un tuerto.

—Entonces— prosiguió—, ni gritándole así a todo el mundo con equívocos que aparecen.

Honora entró encolerizada y empezó a escudillar el caldo con verdadera furia. Al volverse pisó la cola de "Penique"; bufidos, arañazos chillidos, ruido de vajilla rota...

No recuerdo cuándo sobrevino la calma.

Estuve mucho rato sentado ante el plato de caldo sin poder engullir una sola cucharada. Jasper lo notó y me preguntó de sopetón:

—¿Cuándo hace que tocaste un cadáver?

—Antayer.

—¿Te duele la garganta?

—Négu.

—¿Cómo está el vientre?

—Bien.

—¿Náuseas?

—No.

—¿Dolor de cabeza?

—Tampoco.

—¿Pues, qué?

—Estrujé la servilleta.

—No lo sé.

Cogió la cuchara, se levantó y fue hasta la vidriera del patio.

—Ven aquí a la luz.

Obbedí. Me exploró la garganta y las fosas nasales.

—No tienes nada.

—Volvímos a la mesa.

—Come.

Tragué una patata frita. Me dio hipo. Salí al patio corriendo. Alexander vino detrás de mí. Y Jasper también.

—¿Estás vomitando?— preguntó el primero.

—¿No ves que no?— replicó el segundo. Me cogió del brazo, me condujo dentro y me hizo sentar junto a la chimenea. Estuvo contemplándome unos instantes y exclamó:

—Es peor que si te hubieras contagiado. Te ha entrado pánico y de eso no vas a morir... pero tampoco vas a curar.

Debi quedarme blanco como el papel. Alexander se colocó a mi lado, como si quisiera prestarme refuerzo.

—Te he admirado mucho, Leonard— prosiguió Jasper—. Te he admirado incluso en tus generosas imprudencias porque siempre la intención ha superado la irreflexión. Pero ahora me decepcionas. Te has hundido por completo.

Hizo una pausa y añadió:

—Se que mis palabras te suenan rudes; prefiero reprocharlo, a compadecerte como hace Alexander.

Me levanté, mi diáfragma se tensó y descolgué el abrigo.

—¿Adónde vas?

—A Saint Constantine.

Me retuvo por el brazo.

—Saldrás de allí corriendo como esta mañana.

Solté el abrigo, subí a mi cuarto y me arrojé en el sofá sofocadamente como si hubiera tenido realmente las falsas membranas atenuadas al cuello.

Dubí de quedarme dormido.

No sé por qué motivo desperté. Fue como una sensación de que alguien velaba a mi lado, mirándome fijamente. Abrí los ojos. La habitación estaba sumida en la semioscuridad del crepúsculo, pero vi claramente a un hombre sentado junto a la cama. Era Martino. Me erguí como movido por un resorte.

—¿Qué le sucede?— grité.

Me mostró la mano, y murmuró:

—La venda floja.

Inspeccionándole con el rabito del ojo para adivinar el verdadero motivo que le había llevado a mi cuarto, encendí el mechero.

—Es que ha notado... ha sentido va...?

—Nada.

Sus ojos oblicuos escrutaban mi rostro con inquietud y los labios le temblaban como si no se atreviera a formular una pregunta.

—¿Qué es lo que desea saber?

—No es de buen agüero que tarde tanto?

—El tiempo no influye para nada.

Pestañeó, bajó la cabeza, y dijo:

—Vi morir a un niño de eso. Sentí frío.

—Hace tiempo— añadió—, yo estaba con él; se quedó envuelto con el vientre echado hacia adelante. No podía apoyarse en el camastro más ue por la nuca y los talones. Su boca estaba torcida en una sonrisa horrible y no podía dejar de sonreír. Cuando murió...

—Eso no era difícil. Ese niño falleció de tétanos.

—Cuando murió, los nervios del cuello le...

—¿Cállese! ¡Le digo que no era Cruzamos una mirada de terror.

Lentamente cogí su mano herida para apretarla más. Temblábamos los dos.

—Subió a mi oído el aromático olor de un antiséptico.

—¿Quién le ha puesto salol en la mano?

—Nadie; yo lo he tocado. He pesado paquetes de dos gramos.

—¿Le gusta trabajar en el laboratorio?

—Me gusta hablar con Alexander. Me recuerda a Benjamín Moore.

—¿Quién es Benjamín Moore?

—Ya ha muerto.

Hubo un silencio largo, hasta que murmuró:

—Fue mi compañero de celda por muy poco tiempo. Le ahorcaron por un crimen que no había cometido.

Molesto, me levanté para ir a buscar gasas limpias. Martino me asió de la manga con fuerza.

—¿Adónde va?

Vi sus pupilas dilatadas, enormes. La mano que se engarfiaba a mi ropa tenía erizado el vello. Le cogí por la muñeca y sentí latidos fríos, como si el pulso fuera a estallar.

—Tranquícese, no me voy— dije en voz baja, sentándome de nuevo.

Sabía ya que le había llevado a mi cuarto el terror a la soledad.

Permanecimos mudos por espacio de varios minutos. El se contretiene tirando de los colchones de piel de su antebrazo. Yo arrojo la casa por pura fórmula de vez que estaba inscribible. De vez en cuando nuestros ojos se topaban. Inopinadamente, dijo:

—¿Sigue usted creyendo en el medio nuevo?

—Sí— replicó sin vacilar.

—¿Y el doctor Jasper Sidney?

Me estremecí.

—¿Que quiere usted decir?

—Solo eso.

Me humedecí los labios y pausadamente dije:

—Tal vez ahora, llegado el momento, esté asustado.

Sonrió, escéptico.

—Pero un fracaso equivale...

—Ya sé. Horas de trabajo perdidas y montones de enfermos sin salvación.

—Alo más que esto, Martino. Si Jasper se equivocara, habría cometido un crimen. Tal vez eso usted no lo entienda... pero basta para asustar incluso a un hombre como él.

Por un instante se quedó cortado. Luego bajó las comisuras de los labios y dijo fríamente:

—No es un delito matar a una bestia, y yo no soy otra cosa para él.

La casa se me cayó de las manos. Moví la cabeza, contrito, y me puse en pie. No podía soportar los ojos de Martino. Me volví hacia el quinqué y con dedos temblorosos quité la pava de la media consumida. Era muy fácil que me quemara. Y, en efecto, me quemé.

—Juzga así a Jasper, Martino.

—En ese aspecto, le juzga usted mejor?

La pregunta resonó en mi cerebro como si en vez de haberme tocado el agua, yo mismo quiciera la diestra.

En aquel instante se abrió la puerta y apareció Alexander.

—Son las nueve— notificó—. Le he dejado cena en su cuarto. Martino luego puede bajar al laboratorio. Honora se ha ido.

El asesino se miró los labios y se volvió de cara a la ventana.

—No tengo apetito— dijo.

Me acercé a él. Apetaba las mandíbulas y los puños.

—Venga abajo Martino. Le pondré una venda nueva, y.... puede quedarse a cenar con nosotros.

Cuando Jasper llegó nos encontró en la mesa acompañados del asesino.

—¿Por qué?— dijo simplemente.

—Porque sí— replicó yo.

—¿Alguna novedad?

—Nervios.

Vió todos los platos intactos.

—¿Me aguardabais?

—No, no; falta de apetito.

Se sentó en su sitio y llamó a "Penique". El gato se mantuvo sordo al lado de Martino. En vista del chasco, Jasper se dedicó de lleno a las chuletas empanadas de diez peniques. Comió de un modo voraz que rue una afronta para los desganados. En aquel instante me pareció una potente, inteligente y fría máquina.

—¿Cómo sigue la señorita Greene?— susurré.

Jasper se levantó, recogió el cubierto del asesino y fue a sumergirlo en agua hirviendo con carbonato de sosa. Precaución innecesaria todavía, pero acusadora de la impaciencia.

Me acosté en seguida. Las sábanas estaban heladas. Me tapé la cabeza y empecé a respirar dentro, sin poder reprimir el castañeteo de dientes. Fueron unos minutos cruditimos, capaces de hacer que uno se arrepintiera de haberse desnudado. Me consta que no todos los hombres afrontan esta circunstancia. Alexander, por ejemplo, se acostaba con los calcetines puestos.

—No debí dejarle esta noche— dije—. Se hallaba en un estado de nervios alarmante. Le el pasar pos su habitación hasta los dos de la madrugada. Entré a decirle que estaba de dar vueltas. Aun no se había desmudado. Comprendí que le excitaba la soledad y dejé abierta la puerta que comunicaba con mi aposento. Desde mi colchón le vi desahucarse el cinturón y desabrocharse la camisa.

De pronto sopó la luz. Creí que lo hacía para quitarse la ropa sin testigos, pero a eto siguió quedó todo tan absolutamente silencioso que me llamó la atención. Le llamé y no me contestó. Encendí una vela y vi el cuarto vacío. Le supuse en un sitio; lo aguardé por espacio de varios minutos y luego bajé a buscarlo, pensando que lo encontraría algo. No lo hallé, y volví a subir. Oí ruido en nuestro cuarto y me asomé... Por cierto, Len, qué hacías con el cristal del quinqué?

—Se lo quería regalar a la emperatriz Josefina.

—Alexander y yo recorrimos la casa de cabo a raso sin resultado alguno. Ya sólo cabe una posibilidad.

—¿Cuál?— exclamamos a un tiempo Alexander y yo.

—Que se haya suicidado arrojándose a la calle desde la acera.

Alexander perdió el color.

—¿No te das cuenta que tus cubiertos sólo con una colcha?— susurré yo.

Se fue arrastrando los cordones del borregui. Alexander y yo aguardamos en el zaguán temblando de excitación y de frío. Oímos una maldición y asomamos la cabeza instantáneamente.

—¿Qué, Jasper?

—Este cordón del diablo!

Volvió la esquina, dio vuelta por detrás del edificio y regresó sin ninguna novedad. Jamás nos sentimos tan completamente desconcertados.

—¿Qué sucede?— pregunté.

—Martino ha desaparecido del mapa!

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en ninguna parte.

Seguí sin comprender.

—Ni abajo, ni arriba, ni fuera, ni dentro. La alda de la puerta de la calle está echada. La cocina, el comedor, el consultorio, el laboratorio el gabinete, el cuarto de los animales, el patio y el retrete están vacíos.

—¿Y el ropero?

—También hemos mirado el ropero.

—¿Y debajo de los muebles?

—¿Qué haría debajo de los muebles?

—Tal vez cayera desmayado.

—¿Te parece muy fácil caerse desmayado debajo de un mueble?

—Oye, Len, no des tantas ideas y búscalo. Voy a subir a la azotea; si no está allí, no cabrá explicación.

Y Jasper, con el abrigo encima de su camisa corta, subió la escalera de la azotea mostrándonos sus fuertes pantorrillas. Alexander y yo aguardamos en silencio. Cuando se abrió la puercilla de arriba, penetró una ráfaga helada; nos apagó la vela y nos hizo correr al cuarto tirando. Busqué una prenda con que abrigarme. Tiré de la misma chaqueta que usaba Alexander. Los dos los roltamos y fuimos por ella cosa. Me calé las zapatillas en chaqueta y salí al corredor otra vez arrastrando el cubrecazas por el suelo.

Jasper ya bajaba, mudo, contrariado. Empezó a encender el gas dejando la casa completamente iluminada.

—¿Vamos a mirar debajo de los muebles?— exclamé.

—Me hallaba escudriñando el lavadero, quemándole las puntas

de las uñas con un fósforo gastado. Ya eran absurdos todos los lugares que mirábamos.

Repentinamente Alexander gritó:

—¡Sangre! ¡Un rastro de sangre!

Me estremecí de pies a cabeza. Tiré el fósforo y corrí al comedor. Alexander y Jasper, agazapados, seguían un hilo rojo que los conducía al patio, de donde yo venía.

De pronto todos los ojos se posaron con mí pie. El corte producido por el cristal del quinqué manchaba el talón de la zapatilla que arrastraba.

Me senté en el sillón de la chimenea y removí las cenizas; no había una sola ascua, pero Alexander, de buena fe, se volvió de espaldas con la intención de encender los riñones.

Jasper, taciturno, se apoyó en la mesa.

—No debí dejarle esta noche— dije—. Se hallaba en un estado de nervios alarmante. Le el pasar pos su habitación hasta los dos de la madrugada. Entré a decirle que estaba de dar vueltas. Aun no se había desmudado. Comprendí que le excitaba la soledad y dejé abierta la puerta que comunicaba con mi aposento. Desde mi colchón le vi desahucarse el cinturón y desabrocharse la camisa.

De pronto sopó la luz. Creí que lo hacía para quitarse la ropa sin testigos, pero a eto siguió quedó todo tan absolutamente silencioso que me llamó la atención. Le llamé y no me contestó. Encendí una vela y vi el cuarto vacío. Le supuse en un sitio; lo aguardé por espacio de varios minutos y luego bajé a buscarlo, pensando que lo encontraría algo. No lo hallé, y volví a subir. Oí ruido en nuestro cuarto y me asomé... Por cierto, Len, qué hacías con el cristal del quinqué?

—Se lo quería regalar a la emperatriz Josefina.

—Alexander y yo recorrimos la casa de cabo a raso sin resultado alguno. Ya sólo cabe una posibilidad.

—¿Cuál?— exclamamos a un tiempo Alexander y yo.

—Que se haya suicidado arrojándose a la calle desde la acera.

Alexander perdió el color.

—¿No te das cuenta que tus cubiertos sólo con una colcha?— susurré yo.

Se fue arrastrando los cordones del borregui. Alexander y yo aguardamos en el zaguán temblando de excitación y de frío. Oímos una maldición y asomamos la cabeza instantáneamente.

—¿Qué, Jasper?

—Este cordón del diablo!

Volvió la esquina, dio vuelta por detrás del edificio y regresó sin ninguna novedad. Jamás nos sentimos tan completamente desconcertados.

—¿Qué sucede?— pregunté.

—Martino ha desaparecido del mapa!

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en ninguna parte.

Seguí sin comprender.

—Ni abajo, ni arriba, ni fuera, ni dentro. La alda de la puerta de la calle está echada. La cocina, el comedor, el consultorio, el laboratorio el gabinete, el cuarto de los animales, el patio y el retrete están vacíos.

—¿Y el ropero?

—También hemos mirado el ropero.

—¿Y debajo de los muebles?

—¿Qué haría debajo de los muebles?

—Tal vez cayera desmayado.

—¿Te parece muy fácil caerse desmayado debajo de un mueble?

—Oye, Len, no des tantas ideas y búscalo. Voy a subir a la azotea; si no está allí, no cabrá explicación.

Y Jasper, con el abrigo encima de su camisa corta, subió la escalera de la azotea mostrándonos sus fuertes pantorrillas. Alexander y yo aguardamos en silencio. Cuando se abrió la puercilla de arriba, penetró una ráfaga helada; nos apagó la vela y nos hizo correr al cuarto tirando. Busqué una prenda con que abrigarme. Tiré de la misma chaqueta que usaba Alexander. Los dos los roltamos y fuimos por ella cosa. Me calé las zapatillas en chaqueta y salí al corredor otra vez arrastrando el cubrecazas por el suelo.

Jasper ya bajaba, mudo, contrariado. Empezó a encender el gas dejando la casa completamente iluminada.

—¿Vamos a mirar debajo de los muebles?— exclamé.

—Me hallaba escudriñando el lavadero, quemándole las puntas

de las uñas con un fósforo gastado. Ya eran absurdos todos los lugares que mirábamos.

Repentinamente Alexander gritó:

—¡Sangre! ¡Un rastro de sangre!

Me estremecí de pies a cabeza. Tiré el fósforo y corrí al comedor. Alexander y Jasper, agazapados, seguían un hilo rojo que los conducía al patio, de donde yo venía.

De pronto todos los ojos se posaron con mí pie. El corte producido por el cristal del quinqué manchaba el talón de la zapatilla que arrastraba.

Me senté en el sillón de la chimenea y removí las cenizas; no había una sola ascua, pero Alexander, de buena fe, se volvió de espaldas con la intención de encender los riñones.

Jasper, taciturno, se apoyó en la mesa.

—No debí dejarle esta noche— dije—. Se hallaba en un estado de nervios alarmante. Le el pasar pos su habitación hasta los dos de la madrugada. Entré a decirle que estaba de dar vueltas. Aun no se había desmudado. Comprendí que le excitaba la soledad y dejé abierta la puerta que comunicaba con mi aposento. Desde mi colchón le vi desahucarse el cinturón y desabrocharse la camisa.

De pronto sopó la luz. Creí que lo hacía para quitarse la ropa sin testigos, pero a eto siguió quedó todo tan absolutamente silencioso que me llamó la atención. Le llamé y no me contestó. Encendí una vela y vi el cuarto vacío. Le supuse en un sitio; lo aguardé por espacio de varios minutos y luego bajé a buscarlo, pensando que lo encontraría algo. No lo hallé, y volví a subir. Oí ruido en nuestro cuarto y me asomé... Por cierto, Len, qué hacías con el cristal del quinqué?

—Se lo quería regalar a la emperatriz Josefina.

—Alexander y yo recorrimos la casa de cabo a raso sin resultado alguno. Ya sólo cabe una posibilidad.

—¿Cuál?— exclamamos a un tiempo Alexander y yo.

—Que se haya suicidado arrojándose a la calle desde la acera.

Alexander perdió el color.

—¿No te das cuenta que tus cubiertos sólo con una colcha?— susurré yo.

Se fue arrastrando los cordones del borregui. Alexander y yo aguardamos en el zaguán temblando de excitación y de frío. Oímos una maldición y asomamos la cabeza instantáneamente.

—¿Qué, Jasper?

—Este cordón del diablo!

Volvió la esquina, dio vuelta por detrás del edificio y regresó sin ninguna novedad. Jamás nos sentimos tan completamente desconcertados.

—¿Qué sucede?— pregunté.

—Martino ha desaparecido del mapa!

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en ninguna parte.

Seguí sin comprender.

—Ni abajo, ni arriba, ni fuera, ni dentro. La alda de la puerta de la calle está echada. La cocina, el comedor, el consultorio, el laboratorio el gabinete, el cuarto de los animales, el patio y el retrete están vacíos.

—¿Y el ropero?

—También hemos mirado el ropero.

—¿Y debajo de los muebles?

—¿Qué haría debajo de los muebles?

—Tal vez cayera desmayado.

—¿Te parece muy fácil caerse desmayado debajo de un mueble?

—Oye, Len, no des tantas ideas y búscalo. Voy a subir a la azotea; si no está allí, no cabrá explicación.

Y Jasper, con el abrigo encima de su camisa corta, subió la escalera de la azotea mostrándonos sus fuertes pantorrillas. Alexander y yo aguardamos en silencio. Cuando se abrió la puercilla de arriba, penetró una ráfaga helada; nos apagó la vela y nos hizo correr al cuarto tirando. Busqué una prenda con que abrigarme. Tiré de la misma chaqueta que usaba Alexander. Los dos los roltamos y fuimos por ella cosa. Me calé las zapatillas en chaqueta y salí al corredor otra vez arrastrando el cubrecazas por el suelo.

Jasper ya bajaba, mudo, contrariado. Empezó a encender el gas dejando la casa completamente iluminada.

—¿Vamos a mirar debajo de los muebles?— exclamé.

—Me hallaba escudriñando el lavadero, quemándole las puntas

de las uñas con un fósforo gastado. Ya eran absurdos todos los lugares que mirábamos.

Repentinamente Alexander gritó:

—¡Sangre! ¡Un rastro de sangre!

Me estremecí de pies a cabeza. Tiré el fósforo y corrí al comedor. Alexander y Jasper, agazapados, seguían un hilo rojo que los conducía al patio, de donde yo venía.

De pronto todos los ojos se posaron con mí pie. El corte producido por el cristal del quinqué manchaba el talón de la zapatilla que arrastraba.

Me senté en el sillón de la chimenea y removí las cenizas; no había una sola ascua, pero Alexander, de buena fe, se volvió de espaldas con la intención de encender los riñones.

Jasper, taciturno, se apoyó en la mesa.

—No debí dejarle esta noche— dije—. Se hallaba en un estado de nervios alarmante. Le el pasar pos su habitación hasta los dos de la madrugada. Entré a decirle que estaba de dar vueltas. Aun no se había desmudado. Comprendí que le excitaba la soledad y dejé abierta la puerta que comunicaba con mi aposento. Desde mi colchón le vi desahucarse el cinturón y desabrocharse la camisa.

De pronto sopó la luz. Creí que lo hacía para quitarse la ropa sin testigos, pero a eto siguió quedó todo tan absolutamente silencioso que me llamó la atención. Le llamé y no me contestó. Encendí una vela y vi el cuarto vacío. Le supuse en un sitio; lo aguardé por espacio de varios minutos y luego bajé a buscarlo, pensando que lo encontraría algo. No lo hallé, y volví a subir. Oí ruido en nuestro cuarto y me asomé... Por cierto, Len, qué hacías con el cristal del quinqué?

—Se lo quería regalar a la emperatriz Josefina.

—Alexander y yo recorrimos la casa de cabo a raso sin resultado alguno. Ya sólo cabe una posibilidad.

—¿Cuál?— exclamamos a un tiempo Alexander y yo.

—Que se haya suicidado arrojándose a la calle desde la acera.

Alexander perdió el color.

—¿No te das cuenta que tus cubiertos sólo con una colcha?— susurré yo.

Se fue arrastrando los cordones del borregui. Alexander y yo aguardamos en el zaguán temblando de excitación y de frío. Oímos una maldición y asomamos la cabeza instantáneamente.

—¿Qué, Jasper?

—Este cordón del diablo!

Volvió la esquina, dio vuelta por detrás del edificio y regresó sin ninguna novedad. Jamás nos sentimos tan completamente desconcertados.

—¿Qué sucede?— pregunté.

—Martino ha desaparecido del mapa!

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en ninguna parte.

Seguí sin comprender.

—Ni abajo, ni arriba, ni fuera, ni dentro. La alda de la puerta de la calle está echada. La cocina, el comedor, el consultorio, el laboratorio el gabinete, el cuarto de los animales, el patio y el retrete están vacíos.

—¿Y el ropero?

—También hemos mirado el ropero.

—¿Y debajo de los muebles?

—¿Qué haría debajo de los muebles?

—Tal vez cayera desmayado.

—¿Te parece muy fácil caerse desmayado debajo de un mueble?

—Oye, Len, no des tantas ideas y búscalo. Voy a subir a la azotea; si no está allí, no cabrá explicación.

Y Jasper, con el abrigo encima de su camisa corta, subió la escalera de la azotea mostrándonos sus fuertes pantorrillas. Alexander y yo aguardamos en silencio. Cuando se abrió la puercilla de arriba, penetró una ráfaga helada; nos apagó la vela y nos hizo correr al cuarto tirando. Busqué una prenda con que abrigarme. Tiré de la misma chaqueta que usaba Alexander. Los dos los roltamos y fuimos por ella cosa. Me calé las zapatillas en chaqueta y salí al corredor otra vez arrastrando el cubrecazas por el suelo.

Jasper ya bajaba, mudo, contrariado. Empezó a encender el gas dejando la casa completamente iluminada.

—¿Vamos a mirar debajo de los muebles?— exclamé.

—Me hallaba escudriñando el lavadero, quemándole las puntas

de las uñas con un fósforo gastado. Ya eran absurdos todos los lugares que mirábamos.

Repentinamente Alexander gritó:

—¡Sangre! ¡Un rastro de sangre!

Me estremecí de pies a cabeza. Tiré el fósforo y corrí al comedor. Alexander y Jasper, agazapados, seguían un hilo rojo que los conducía al patio, de donde yo venía.

De pronto todos los ojos se posaron con mí pie. El corte producido por el cristal del quinqué manchaba el talón de la zapatilla que arrastraba.

Me senté en el sillón de la chimenea y removí las cenizas; no había una sola ascua, pero Alexander, de buena fe, se volvió de espaldas con la intención de encender los riñones.

Jasper, taciturno, se apoyó en la mesa.

—No debí dejarle esta noche— dije—. Se hallaba en un estado de nervios alarmante. Le el pasar pos su habitación hasta los dos de la madrugada. Entré a decirle que estaba de dar vueltas. Aun no se había desmudado. Comprendí que le excitaba la soledad y dejé abierta la puerta que comunicaba con mi aposento. Desde mi colchón le vi desahucarse el cinturón y desabrocharse la camisa.

De pronto sopó la luz. Creí que lo hacía para quitarse la ropa sin testigos, pero a eto siguió quedó todo tan absolutamente silencioso que me llamó la atención. Le llamé y no me contestó. Encendí una vela y vi el cuarto vacío. Le supuse en un sitio; lo aguardé por espacio de varios minutos y luego bajé a buscarlo, pensando que lo encontraría algo. No lo hallé, y volví a subir. Oí ruido en nuestro cuarto y me asomé... Por cierto, Len, qué hacías con el cristal del quinqué?

—Se lo quería regalar a la emperatriz Josefina.

—Alexander y yo recorrimos la casa de cabo a raso sin resultado alguno. Ya sólo cabe una posibilidad.

—¿Cuál?— exclamamos a un tiempo Alexander y yo.

—Que se haya suicidado arrojándose a la calle desde la acera.

Alexander perdió el color.

—¿No te das cuenta que tus cubiertos sólo con una colcha?— susurré yo.

Se fue arrastrando los cordones del borregui. Alexander y yo aguardamos en el zaguán temblando de excitación y de frío. Oímos una maldición y asomamos la cabeza instantáneamente.

—¿Qué, Jasper?

—Este cordón del diablo!

Volvió la esquina, dio vuelta por detrás del edificio y regresó sin ninguna novedad. Jamás nos sentimos tan completamente desconcertados.

—¿Qué sucede?— pregunté.

—Martino ha desaparecido del mapa!

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en ninguna parte.

Seguí sin comprender.

—Ni abajo, ni arriba, ni fuera, ni dentro. La alda de la puerta de la calle está echada. La cocina, el comedor, el consultorio, el laboratorio el gabinete, el cuarto de los animales, el patio y el retrete están vacíos.

—¿Y el ropero?

—También hemos mirado el ropero.

—¿Y debajo de los muebles?

—¿Qué haría debajo de los muebles?

—Tal vez cayera desmayado.

—¿Te parece muy fácil caerse desmayado debajo de un mueble?

—Oye, Len, no des tantas ideas y búscalo. Voy a subir a la azotea; si no está allí, no cabrá explicación.

Y Jasper, con el abrigo encima de su camisa corta, subió la escalera de la azotea mostrándonos sus fuertes pantorrillas. Alexander y yo aguardamos en silencio. Cuando se abrió la puercilla de arriba, penetró una ráfaga helada; nos apagó la vela y nos hizo correr al cuarto tirando. Busqué una prenda con que abrigarme. Tiré de la misma chaqueta que usaba Alexander. Los dos los roltamos y fuimos por ella cosa. Me calé las zapatillas en chaqueta y salí al corredor otra vez arrastrando el cubrecazas por el suelo.

Jasper ya bajaba, mudo, contrariado. Empezó a encender el gas dejando la casa completamente iluminada.

—¿Vamos a mirar debajo de los muebles?— exclamé.

—Me hallaba escudriñando el lavadero, quemándole las puntas

de las uñas con un fósforo gastado. Ya eran absurdos todos los lugares que mirábamos.

Repentinamente Alexander gritó:

—¡Sangre! ¡Un rastro de sangre!

Me estremecí de pies a cabeza. Tiré el fósforo y corrí al comedor. Alexander y Jasper, agazapados, seguían un hilo rojo que los conducía al patio, de donde yo venía.

De pronto todos los ojos se posaron con mí pie. El corte producido por el cristal del quinqué manchaba el talón de la zapatilla que arrastraba.

Me senté en el sillón de la chimenea y removí las cenizas; no había una sola ascua, pero Alexander, de buena fe, se volvió de espaldas con la intención de encender los riñones.

Jasper, taciturno, se apoyó en la mesa.

—No debí dejarle esta noche— dije—. Se hallaba en un estado de nervios alarmante. Le el pasar pos su habitación hasta los dos de la madrugada. Entré a decirle que estaba de dar vueltas. Aun no se había desmudado. Comprendí que le excitaba la soledad y dejé abierta la puerta que comunicaba con mi aposento. Desde mi colchón le vi desahucarse el cinturón y desabrocharse la camisa.

De pronto sopó la luz. Creí que lo hacía para quitarse la ropa sin testigos, pero a eto siguió quedó todo tan absolutamente silencioso que me llamó la atención. Le llamé y no me contestó. Encendí una vela y vi el cuarto vacío. Le supuse en un sitio; lo aguardé por espacio de varios minutos y luego bajé a buscarlo, pensando que lo encontraría algo. No lo hallé, y volví a subir. Oí ruido en nuestro cuarto y me asomé... Por cierto, Len, qué hacías con el cristal del quinqué?

—Se lo quería regalar a la emperatriz Josefina.

—Alexander y yo recorrimos la casa de cabo a raso sin resultado alguno. Ya sólo cabe una posibilidad.

—¿Cuál?— exclamamos a un tiempo Alexander y yo.

—Que se haya suicidado arrojándose a la calle desde la acera.

Alexander perdió el color.

—¿No te das cuenta que tus cubiertos sólo con una colcha?— susurré yo.

Se fue arrastrando los cordones del borregui. Alexander y yo aguardamos en el zaguán temblando de excitación y de frío. Oímos una maldición y asomamos la cabeza instantáneamente.

—¿Qué, Jasper?

—Este cordón del diablo!

Volvió la esquina, dio vuelta por detrás del edificio y regresó sin ninguna novedad. Jamás nos sentimos tan completamente desconcertados.

—¿Qué sucede?— pregunté.

—Martino ha desaparecido del mapa!

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en ninguna parte.

Seguí sin comprender.

—Ni abajo, ni arriba, ni fuera, ni dentro. La alda de la puerta de la calle está echada. La cocina, el comedor, el consultorio, el laboratorio el gabinete, el cuarto de los animales, el patio y el retrete están vacíos.

—¿Y el ropero?

—También hemos mirado el ropero.

—¿Y debajo de los muebles?

—¿Qué haría debajo de los muebles?

—Tal vez cayera desmayado.

—¿Te parece muy fácil caerse desmayado debajo de un mueble?

—Oye, Len, no des tantas ideas y búscalo. Voy a subir a la azotea; si no está allí, no cabrá explicación.

Y Jasper, con el abrigo encima de su camisa corta, subió la escalera de la azotea mostrándonos sus fuertes pantorrillas. Alexander y yo aguardamos en silencio. Cuando se abrió la puercilla de arriba, penetró una ráfaga helada; nos apagó la vela y nos hizo correr al cuarto tirando. Busqué una prenda con que abrigarme. Tiré de la misma chaqueta que usaba Alexander. Los dos los roltamos y fuimos por ella cosa. Me calé las zapatillas en chaqueta y salí al corredor otra vez arrastrando el cubrecazas por el suelo.

Jasper ya bajaba, mudo, contrariado. Empezó a encender el gas dejando la casa completamente iluminada.

—¿Vamos a mirar debajo de los muebles?— exclamé.

—Me hallaba escudriñando el lavadero, quemándole las puntas

de las uñas con un fósforo gastado. Ya eran absurdos todos los lugares que mirábamos.

Repentinamente Alexander gritó:

—¡Sangre! ¡Un rastro de sangre!

Me estremecí de pies a cabeza. Tiré el fósforo y corrí al comedor. Alexander y Jasper, agazapados, seguían un hilo rojo que los conducía al patio, de donde yo venía.

De pronto todos los ojos se posaron con mí pie. El corte producido por el cristal del quinqué manchaba el talón de la zapatilla que arrastraba.

Me senté en el sillón de la chimenea y removí las cenizas; no había una sola ascua, pero Alexander, de buena fe, se volvió de espaldas con la intención de encender los riñones.

Jasper, taciturno, se apoyó en la mesa.

—No debí dejarle esta noche— dije—. Se hallaba en un estado de nervios alarmante. Le el pasar pos su habitación hasta los dos de la madrugada. Entré a decirle que estaba de dar vueltas. Aun no se había desmudado. Comprendí que le excitaba la soledad y dejé abierta la puerta que comunicaba con mi aposento. Desde mi colchón le vi desahucarse el cinturón y desabrocharse la camisa.

De pronto sopó la luz. Creí que lo hacía para quitarse la ropa sin testigos, pero a eto siguió quedó todo tan absolutamente silencioso que me llamó la atención. Le llamé y no me contestó. Encendí una vela y vi el cuarto vacío. Le supuse en un sitio; lo aguardé por espacio de varios minutos y luego bajé a buscarlo, pensando que lo encontraría algo. No lo hallé, y volví a subir. Oí ruido en nuestro cuarto y me asomé... Por cierto, Len, qué hacías con el cristal del quinqué?

—Se lo quería regalar a la emperatriz Josefina.

—Alexander y yo recorrimos la casa de cabo a raso sin resultado alguno. Ya sólo cabe una posibilidad.

—¿Cuál?— exclamamos a un tiempo Alexander y yo.

—Que se haya suicidado arrojándose a la calle desde la acera.

Alexander perdió el color.

—¿No te das cuenta que tus cubiertos sólo con una colcha?— susurré yo.

Se fue arrastrando los cordones del borregui. Alexander y yo aguardamos en el zaguán temblando de excitación y de frío. Oímos una maldición y asomamos la cabeza instantáneamente.

—¿Qué, Jasper?

—Este cordón del diablo!

Volvió la esquina, dio vuelta por detrás del edificio y regresó sin ninguna novedad. Jamás nos sentimos tan completamente desconcertados.

—¿Qué sucede?— pregunté.

—Martino ha desaparecido del mapa!

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en ninguna parte.

Seguí sin comprender.

—Ni abajo, ni arriba, ni fuera, ni dentro. La alda de la puerta de la calle está echada. La cocina, el comedor, el consultorio, el laboratorio el gabinete, el cuarto de los animales, el patio y el retrete están vacíos.

—¿Y el ropero?

—También hemos mirado el ropero.

—¿Y debajo de los muebles?

—¿Qué haría debajo de los muebles?

—Tal vez cayera desmayado.

—¿Te parece muy fácil caerse desmayado debajo de un mueble?

—Oye, Len, no des tantas ideas y búscalo. Voy a subir a la azotea; si no está allí, no cabrá explicación.

Y Jasper, con el abrigo encima de su camisa corta, subió la escalera de la azotea mostrándonos sus fuertes pantorrillas. Alexander y yo aguardamos en silencio. Cuando se abrió la puercilla de arriba, penetró una ráfaga helada; nos apagó la vela y nos hizo correr al cuarto tirando. Busqué una prenda con que abrigarme. Tiré de la misma chaqueta que usaba Alexander. Los dos los roltamos y fuimos por ella cosa. Me calé las zapatillas en chaqueta y salí al corredor otra vez arrastrando el cubrecazas por el suelo.

Jasper ya bajaba, mudo, contrariado. Empezó a encender el gas dejando la casa completamente iluminada.

—¿Vamos a mirar debajo de los muebles?— exclamé.

—Me hallaba escudriñando el lavadero, quemándole las puntas

de las uñas con un fósforo gastado. Ya eran absurdos todos los lugares que mirábamos.

Repentinamente Alexander gritó:

—¡Sangre! ¡Un rastro de sangre!

Me estremecí de pies a cabeza. Tiré el fósforo y corrí al comedor. Alexander y Jasper, agazapados, seguían un hilo rojo que los conducía al patio, de donde yo venía.

De pronto todos los ojos se posaron con mí pie. El corte producido por el cristal del quinqué manchaba el talón de la zapatilla que arrastraba.

Me senté en el sillón de la chimenea y removí las cenizas; no había una sola ascua, pero Alexander, de buena fe, se volvió de espaldas con la intención de encender los riñones.

Jasper, taciturno, se apoyó en la mesa.

—No debí dejarle esta noche— dije—. Se hallaba en un estado de nervios alarmante. Le el pasar pos su habitación hasta los dos de la madrugada. Entré a decirle que estaba de dar vueltas. Aun no se había desmudado. Comprendí que le excitaba la soledad y dejé abierta la puerta que comunicaba con mi aposento. Desde mi colchón le vi desahucarse el cinturón y desabrocharse la camisa.

De pronto sopó la luz. Creí que lo hacía para quitarse la ropa sin testigos, pero a eto siguió quedó todo tan absolutamente silencioso que me llamó la atención. Le llamé y no me contestó. Encendí una vela y vi el cuarto vacío. Le supuse en un sitio; lo aguardé por espacio de varios minutos y luego bajé a buscarlo, pensando que lo encontraría algo. No lo hallé, y volví a subir. Oí ruido en nuestro cuarto y me asomé... Por cierto, Len, qué hacías con el cristal del quinqué?

—Se lo quería regalar a la emperatriz Josefina.

—Alexander y yo recorrimos la casa de cabo a raso sin resultado alguno. Ya sólo cabe una posibilidad.

—¿Cuál?— exclamamos a un tiempo Alexander y yo.

—Que se haya suicidado arrojándose a la calle desde la acera.

Alexander perdió el color.

—¿No te das cuenta que tus cubiertos sólo con una colcha?— susurré yo.

Se fue arrastrando los cordones del borregui. Alexander y yo aguardamos en el zaguán temblando de excitación y de frío. Oímos una maldición y asomamos la cabeza instantáneamente.

—¿Qué, Jasper?

—Este cordón del diablo!

Volvió la esquina, dio vuelta por detrás del edificio y regresó sin ninguna novedad. Jamás nos sentimos tan completamente desconcertados.

—¿Qué sucede?— pregunté.

—Martino ha desaparecido del mapa!

—¿Qué quieres decir?

—Que no está en ninguna parte.

Seguí sin comprender.

—Ni abajo, ni arriba, ni fuera, ni dentro. La alda de la puerta de la calle está echada. La cocina, el comedor, el consultorio, el laboratorio el gabinete, el cuarto de los animales, el patio y el retrete están vacíos.

—¿Y el ropero?

—También hemos mirado el ropero.

—¿Y debajo de los muebles?

—¿Qué haría debajo de los muebles?

—Tal vez cayera desmayado.

—¿Te parece muy fácil caerse desmayado debajo de un mueble?

—Oye, Len, no des tantas ideas y búscalo. Voy a subir a la azotea; si no está allí, no cabrá explicación.

Y Jasper, con el abrigo encima de su camisa corta, subió la escalera de la azotea mostrándonos sus fuertes pantorrillas. Alexander y yo aguardamos en silencio. Cuando se abrió la puercilla de arriba, penetró una ráfaga helada; nos apagó la vela y nos hizo correr al cuarto tirando. Busqué una prenda con que abrigarme. Tiré de la misma chaqueta que usaba Alexander. Los dos los roltamos y fuimos por ella cosa. Me calé las zapatillas en chaqueta y salí al corredor otra vez arrastrando el cubrecazas por el suelo.

Jasper ya bajaba, mudo, contrariado. Empezó a encender el gas dejando la casa completamente iluminada.

—¿Vamos a mirar debajo de los muebles?— exclamé.

—Me hallaba escudriñando el lavadero, quemándole las puntas

Notas Sociales

UNA SELECCION DE LECTURAS PARA NIÑOS Y GENTE JOVEN

DESPUES de haber estudiado detenidamente las innumerables producciones de literatura destinadas a niños y jóvenes que ofrecen al público las librerías de nuestro medio, la COMISION DE LIBROS, PRENSA Y PUBLICACIONES DE ACCION CATOLICA ha elaborado la siguiente lista de libros seleccionados con el propósito de colaborar con los padres y maestros en la difícil tarea de orientar a sus hijos y alumnos en sus lecturas.

Los libros aparecen distribuidos en grupos teniendo en cuenta la edad psicológica y no estrictamente biológica de los lectores, con vistas a su formación moral e intelectual y a la educación de su sensibilidad e imaginación.

La inclusión de algunas obras de un autor no significa que todas sus obras restantes sean igualmente admisibles.

LIBROS RECREATIVOS, INSTRUCTIVOS Y FORMATIVOS PARA MENORES DE 10 AÑOS

ANONIMO. (Ed. Desclee): Maravillosa historia de la Virgen.
ANONIMO. (Ed. Difusión): El camino.
AUCLAIR, M.: La Buena Nueva anunciada a los niños.
BEDIER J. y TREVISAN L.: El caballito de Nochebuena.
El chanchito valioso.
El largo camino hacia Lo-Ting.
La pequeña Miss Mosses.
Tomás, el buen ladrón.
BESTERFELD: El libro de la alegría.
CENDRA P. S. J.: Lirios y rosas.
DARQUIN J.: Mi primer diccionario.
GOLDIE L.: Vida del P. Foucauld contada a los niños.
H. DE LA ASUNCION: Escenas de la vida de Nuestro Señor.
M. S.: El credo de los pequeñitos.

MOLINA PICO: Dios y yo.
PIAZZO G.: La sonrisa del mundo.
PONCEL V.: Vida de Jesús.
ROPS D.: El arca de Noé.
Historia Sagrada.
ROVIRA M. (adaptación): La Santa Misa en imágenes y plegarias.
SANCHEZ SILVA J. M.: Marcelino, Pan y Vino.
SONBERCAZEAUT de: La vida de la Sma. Virgen contada a los niños.
VALVE M.: El gorila.
El león.
WOSSETTI P. S.S.P.: La vida de Jesús contada a los niños.
Colecciones: Biblioteca "Sueños Infantiles" Colección Myriam. (Ed. Difusión)

PARA MAYORES DE 10 AÑOS

BAGUER N.: Los pequeños artistas.
DIAZ PLEJA F.: Cuando los grandes hombres eran niños.
FINN P. F.: Afrontando el peligro.
Enrique Dy.
Etelredo Presten.
Percy Winn.
Tom Playfair.
GUTIERREZ F.: Cuando las grandes mujeres eran niñas.

SANCHEZ SILVA J. M.: Marcelino, Pan y Vino.
SEGUR, CONDESA de: Las niñas modelo.
Las travessuras de Sofia.
Las vacaciones.
TOUR, M. C. de la: El evangelio meditado por un niño.
WEISER F. X. J.S.: Vacaciones.
Colecciones: Biblioteca de Lecturas Ejemplares (Ed. Excelleer). "Desde Lejanas Tierras" (Ed. Herder).

PARA MAYORES DE 13 AÑOS

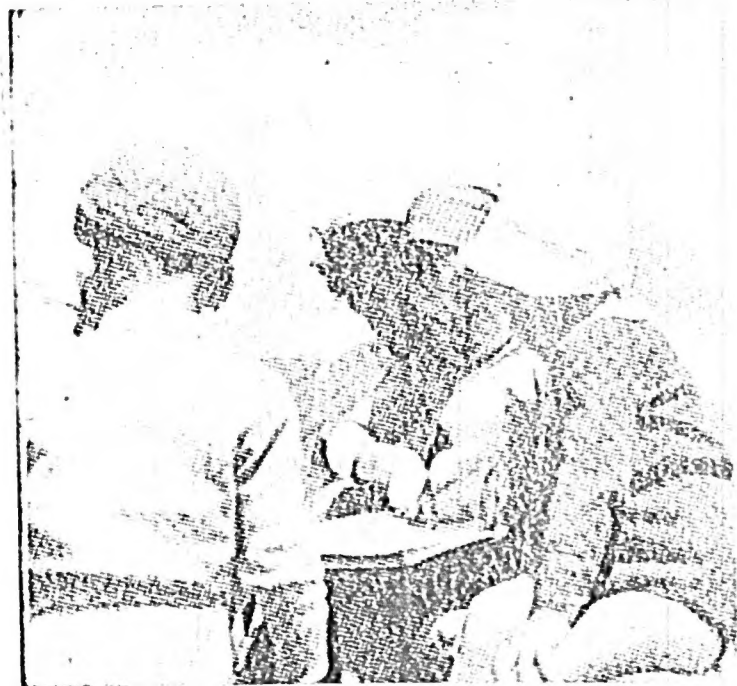
BAETEMAN J.: Formación del joven.
Formación religiosa y moral de la joven.
BERDIALES G.: Lecturas para la niña que se hace mujer.
CLAUDE R.: La luz de la montaña.
CSABA M.: Lo que debe saber una adolescente del siglo XX.

GARCIA FERRAUD J.: Tres dechados para la niñez femenina.
PAVANETTI E.: Domingo, será como tú.
Luz en tu vida.
SPILLMANN J.: Una víctima del secreto de la confesión.
TOTH T.: El joven de carácter.
El joven observador.

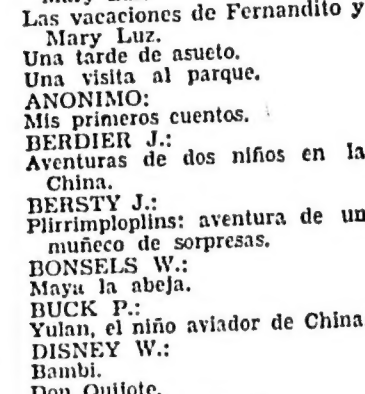
CUENTOS QUE ENTRETENEN A LOS MAS CHICOS DE 6 A 10 AÑOS

ANONIMO (Ed. Abril): Cuadernos de gatitos.
Cuadernos de Mickey: Bambi.
El gran detective Jopito.
El invierno.

El submarino pirata.
El tío Paco.
La princesita Rosabel.
Los montes.
ANONIMO. (Ed. Kapeluz):



Chita-Rita-Lita y los nuevos trajectos de lunares.
ANONIMO. (Lib. Infant.): Monerías.
Aquellos enanos nuevos.
El rey de las flores.
Luz en la noche.
ANONIMO. (Ed. Paulinas): Desventuras de un niño vanidoso.
ANONIMO. (Col. Recortable): Mariposa navegante.
Mariposa veranea en Madrid.
Mariposa y Pírramplín.
ANONIMO. (Ed. Roma): El niño que quería tener un osito.
Kiki Loló. (cuento sin palabras).
Las navidades de Fernandito y Mary Luz.
Las vacaciones de Fernandito y Mary Luz.
Una tarde de asueto.
Una visita al parque.
ANONIMO: Mis primeros cuentos.
BERDIER J.: Aventuras de dos niños en la China.
BERSTY J.: Pírramplín: aventura de un niño que busca de sorpresas.
BONSELS W.: Maya la abeja.
BUCK P.: Yulan, el niño aviador de China.
DISNEY W.: Bambi.
Don Quijote.
El avestruz de Donald.
El sastrecillo valiente.
Mickey hace precezas (historietas).
DU BOIS T.: El cuervo burlón.
DUFFLOQ A.: La casa de piedra.
EVERS H. A.: Colita rizada.
GABILONDO SOLER F.: Historia de las rosas y los tulipanes.
GAY Y R.: Carbonilla.
Corallito.
El ruido misterioso.
Linda y Mario.
HANSON P.: Vida y costumbres de las flores.
HERGE: Las aventuras de Tin-Tin (2 vol).
HEYMARD D. R.: Colita de algodón y los zapattos de oro.
HOGAN I.: Los elefantes mellizos.
LAWSON H.: La collina de los conejos.
LE GRAND: ¿Qué le pasa a Billy?
NALE ELEBE C.: El diario de mi amiga Bilita.
El diario de mi amigo Cordelia.
NALE BOXLO C.: La muchacha del rey.
NIVBO M.: ¿Sabes quién era?
NUCHART E.: Lecciones de cosas.
RAVEL: Zabunga.



LEUR A. G.: Rika.
LEWEL A.: Azabache.
MARTEL C.: La pequeña Robinson.
MONTGOMERY: Morenito el oso.
MORALES M. L.: Rosalinda en la ventana.
MUSOZ M.: La golondrina en el espino.
PALONSO ORTIZ: Escogida entre mil.
SEPULVEDA P.: Las muñecas de vacaciones.

DOCHU SYBIL: Eduardo Mac Dowel y su cabalito entre los pinos.
DOWD E. C.: Poly rayo de sol.
DUCHE J.: La niña del bosque.
FORTUN E.: Celia en el colegio.
El cuaderno de Celia.
Las aventuras de Matonkiki.
GIR I.: Ema y María.
HAUTHORNE N.: Libro de maravillas.
HUIZELMAN E.: ¿Qué le pasa a Ursula?

ASSOLLANT A.: Las aventuras del Capitán Corcorán.
BALLANTYNE: La isla de coral.
BORER C.: El valle del lago blanco.
COOPER F.: El último mohicano.
CURWOOD J. O.: Donde el río nace.
El ángel de Perimboka.
El caballero del valor.
Fuera de la ley.
Kazan perro lobo.
La senda peligrosa.
Los buscadores de oro.
Los cazadores de lobos.
FOE D. de: Robinson Crusoe.
FOSTER II.: El príncipe valiente.
El príncipe valiente contra Atila.
El príncipe valiente en el mar.
GALOPIN A. y H. de la VAUX: La vuelta al mundo de dos plíletes.

GANMOND D.: Contra los dioses del oro.
GILSON C.: El agente secreto.
El nenúfar escarlata.
El rebelde de Novara.
Tabú.
HADER B. y E.: Aventuras de un pequeño marino.
En los dominios de las fieras.
Hombres contra el mar.
KNIPIT E.: La cadena invisible.
LEY M.: Terror en la aldea.
LONDON J.: Colmillo blanco.
El llamado a la selva.
Jerry.
Miguel hermano de Jerry.

NOVELITAS VARIAS PARA MAYORES DE 9 AÑOS

ALCOTT E.: Bajo las lilas.
Buenas esposas.
Hombrecitos.
Jack y Jill.
Los muchachos de Jo.
Una chica a la antigua.
BRAZIL A.: El cuarto del farol.
CAPEDEVILA A.: La infanta mendocina.
Remedios de Escalada.
CONTRIE, Mc. AGON: La victoria de Josefina.



THWAIN M.: Aventuras del Principito y Tom Sawyer.

WEISSER F.: Viaje de Guaiterio Klinger alrededor del mundo a los quince años.
WY BORN A.: Los valles misteriosos.

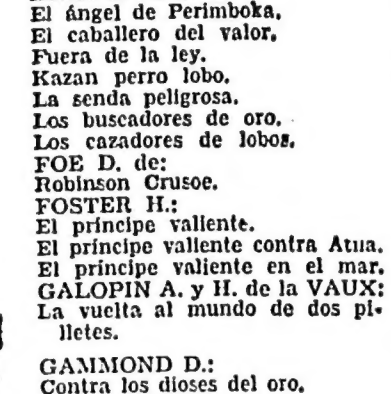
LA pequeña.
Rayo de sol.
FLORAN M.: El heredero.
FOREMAN-LEURS E.: Ho-Ming, hija de la nueva China.
HINZELMAN H.: Las dificultades de Gloria.
LANDRIEU M.: Una hermanita.
LEW A. de: Año de promesas.
Una carrera para Jennifer.
LINEARES BECERRA C.: Diez días millonarios.
PEREZ Y PEREZ R.: Clara y María.
El misterio de Gestain.
El segundón.
MUÑEQUILLA.
SEGUI, CONDESA de: El genio malo.
La fortuna de Gaspar.
SPYRI J.: Lorenzo y Margarita.
WEBSTER J.: Papaito piernas largas.
WITT, Mc. de: Mamá es un encanto.

NOVELAS DE AVENTURA DE 10 A 16 AÑOS

MAILLANE: El collar de MAY K.: La cabeza de la venganza.
MEREDITH P.: La ciudad de los misterios.
NATOLI R.: Misterio y el NOEL J. P.: A través del rest.
PIENAR H.: Historia de REYNOLDS Gem.
RICE BOUR: Perdido en el Piratas en la Bomba en la Bomba y la SABATINI P.: La espada de SALGARI E.: A bordo del El desierto de En las frezas La capitana La hija del Los mineros Los nudistas Los pescadores Un desafío de SIENKIEWICZ A través del STEVENSON La isla del Raptado. SVENSSON Nonni. VERNE J.: Alrededor de la isla misteriosa.

NOVELITAS SENTIMENTALES PARA MAYORES DE 13 AÑOS

FLORAN M.: El heredero.
FOREMAN-LEURS E.: Ho-Ming, hija de la nueva China.
HINZELMAN H.: Las dificultades de Gloria.
LANDRIEU M.: Una hermanita.
LEW A. de: Año de promesas.
Una carrera para Jennifer.
LINEARES BECERRA C.: Diez días millonarios.
PEREZ Y PEREZ R.: Clara y María.
El misterio de Gestain.
El segundón.
MUÑEQUILLA.
SEGUI, CONDESA de: El genio malo.
La fortuna de Gaspar.
SPYRI J.: Lorenzo y Margarita.
WEBSTER J.: Papaito piernas largas.
WITT, Mc. de: Mamá es un encanto.



CHANTEPLEURE Guy de: Mi primo Gerardo.
Novia de abril.
La de los ojos color del tiempo.
La pasajera.
WAST Hugo: El desierto de piedra.
Estrella de la tarde.
Le tiraría Ud. la primera piedra.
FOREMAN-LEURS E.: El verano de la nueva China.
KAYE M. M.: La muerte entra en Cachemira.
MARLITT E.: La princesita de los brezos.
ARDEL Henri: El verano de Guillermo.
La culpa ajena.
Esfigne amorosa.
Las vacaciones de los Brice.
Dos amores.
El ensueño blanco.

BARCLAY Florencia: El rosario.
La castellana de Shenstone.
Pared por medio.
BORDEAUX Henri: El miedo de vivir.
DELLY M.: La casa de los ruiseñores.
La paloma de Rudsay Mano.
Grandeza de alma.
Entre dos almas.
ACREMENTE G.: Las de los sonreíeros verdes.
MARTINEZ SIERRA G.: El amor catrático.
Tu eres la paz.
HOPE Anthony: El prisionero de Zenda.
WIRTA Guy: Nóni.

SCIMID Cristóbal: Genoveva de Brabant (Col. Juvenil Cadete).
COULOM J. de: Fuegos sobre el horizonte.
WITT Mme. de: Mamá es un encanto.
LEWU A. de: Una carrera para Jennifer.
FLOREN Mary: Heredero.
Mamá Cenicienta.
PEREZ Y PEREZ: Al borde de la leyenda.
Por el honor del nombre.
Lo imposible.
Esperanza.
Duquesa Inés.
FLEURIOT Zenaide: El diario de Ana.
SPYRI Juana: Lorenzo y Margarita.

PAGE Gertrudis: Paddy lo mejor a falta de un chico.
WEBSTER Jean: Papaito "Piernas largas".
Mi querido enemigo.
ALANIC Matilde: Errores del corazón.
RUCK Berta: La muchacha que se declaró.
BUCK Pearl: Amor.
DINIZ Julio: La mayorazga de los cañaverales.
GIR Hde: Y al fin de la boda.

GUARESCHI Giovanni: La vuelta de Don Camilo.
CANE, Miguel: Juvenilla.
FOX Genevieve: Susana de Montes Verdes.
LINEARES BECERRA C.: De pie en el umbral.
LE MAIRE E.: Muchachas casaderas.
LINEARES Luisa M.: La vida comienza a medianoche.
BUZZATI Dino: Los siete mensajeros.

NOVELAS SENTIMENTALES PARA MAYORES DE 13 AÑOS

FLORAN M.: El heredero.
FOREMAN-LEURS E.: Ho-Ming, hija de la nueva China.
HINZELMAN H.: Las dificultades de Gloria.
LANDRIEU M.: Una hermanita.
LEW A. de: Año de promesas.
Una carrera para Jennifer.
LINEARES BECERRA C.: Diez días millonarios.
PEREZ Y PEREZ R.: Clara y María.
El misterio de Gestain.
El segundón.
MUÑEQUILLA.
SEGUI, CONDESA de: El genio malo.
La fortuna de Gaspar.
SPYRI J.: Lorenzo y Margarita.
WEBSTER J.: Papaito piernas largas.
WITT, Mc. de: Mamá es un encanto.



CHANTEPLEURE Guy de: Mi primo Gerardo.
Novia de abril.
La de los ojos color del tiempo.
La pasajera.
WAST Hugo: El desierto de piedra.
Estrella de la tarde.
Le tiraría Ud. la primera piedra.
FOREMAN-LEURS E.: El verano de la nueva China.
KAYE M. M.: La muerte entra en Cachemira.
MARLITT E.: La princesita de los brezos.
ARDEL Henri: El verano de Guillermo.
La culpa ajena.
Esfigne amorosa.
Las vacaciones de los Brice.
Dos amores.
El ensueño blanco.

BARCLAY Florencia: El rosario.
La castellana de Shenstone.
Pared por medio.
BORDEAUX Henri: El miedo de vivir.
DELLY M.: La casa de los ruiseñores.
La paloma de Rudsay Mano.
Grandeza de alma.
Entre dos almas.
ACREMENTE G.: Las de los sonreíeros verdes.
MARTINEZ SIERRA G.: El amor catrático.
Tu eres la paz.
HOPE Anthony: El prisionero de Zenda.
WIRTA Guy: Nóni.

SCIMID Cristóbal: Genoveva de Brabant (Col. Juvenil Cadete).
COULOM J. de: Fuegos sobre el horizonte.
WITT Mme. de: Mamá es un encanto.
LEWU A. de: Una carrera para Jennifer.
FLOREN Mary: Heredero.
Mamá Cenicienta.
PEREZ Y PEREZ: Al borde de la leyenda.
Por el honor del nombre.
Lo imposible.
Esperanza.
Duquesa Inés.
FLEURIOT Zenaide: El diario de Ana.
SPYRI Juana: Lorenzo y Margarita.

PAGE Gertrudis: Paddy lo mejor a falta de un chico.
WEBSTER Jean: Papaito "Piernas largas".
Mi querido enemigo.
ALANIC Matilde: Errores del corazón.
RUCK Berta: La muchacha que se declaró.
BUCK Pearl: Amor.
DINIZ Julio: La mayorazga de los cañaverales.
GIR Hde: Y al fin de la boda.

GUARESCHI Giovanni: La vuelta de Don Camilo.
CANE, Miguel: Juvenilla.
FOX Genevieve: Susana de Montes Verdes.
LINEARES BECERRA C.: De pie en el umbral.
LE MAIRE E.: Muchachas casaderas.
LINEARES Luisa M.: La vida comienza a medianoche.
BUZZATI Dino: Los siete mensajeros.

NOVELAS SENTIMENTALES PARA MAYORES DE 13 AÑOS

FLORAN M.: El heredero.
FOREMAN-LEURS E.: Ho-Ming, hija de la nueva China.
HINZELMAN H.: Las dificultades de Gloria.
LANDRIEU M.: Una hermanita.
LEW A. de: Año de promesas.
Una carrera para Jennifer.
LINEARES BECERRA C.: Diez días millonarios.
PEREZ Y PEREZ R.: Clara y María.
El misterio de Gestain.
El segundón.
MUÑEQUILLA.
SEGUI, CONDESA de: El genio malo.
La fortuna de Gaspar.
SPYRI J.: Lorenzo y Margarita.
WEBSTER J.: Papaito piernas largas.
WITT, Mc. de: Mamá es un encanto.



CHANTEPLEURE Guy de: Mi primo Gerardo.
Novia de abril.
La de los ojos color del tiempo.
La pasajera.
WAST Hugo: El desierto de piedra.
Estrella de la tarde.
Le tiraría Ud. la primera piedra.
FOREMAN-LEURS E.: El verano de la nueva China.
KAYE M. M.: La muerte entra en Cachemira.
MARLITT E.: La princesita de los brezos.
ARDEL Henri: El verano de Guillermo.
La culpa ajena.
Esfigne amorosa.
Las vacaciones de los Brice.
Dos amores.
El ensueño blanco.

BARCLAY Florencia: El rosario.
La castellana de Shenstone.
Pared por medio.
BORDEAUX Henri: El miedo de vivir.
DELLY M.: La casa de los ruiseñores.
La paloma de Rudsay Mano.
Grandeza de alma.
Entre dos almas.
ACREMENTE G.: Las de los sonreíeros verdes.
MARTINEZ SIERRA G.: El amor catrático.
Tu eres la paz.
HOPE Anthony: El prisionero de Zenda.
WIRTA Guy: Nóni.

SCIMID Cristóbal: Genoveva de Brabant (Col. Juvenil Cadete).
COULOM J. de: Fuegos sobre el horizonte.
WITT Mme. de: Mamá es un encanto.
LEWU A. de: Una carrera para Jennifer.
FLOREN Mary: Heredero.
Mamá Cenicienta.
PEREZ Y PEREZ: Al borde de la leyenda.
Por el honor del nombre.
Lo imposible.
Esperanza.
Duquesa Inés.
FLEURIOT Zenaide: El diario de Ana.
SPYRI Juana: Lorenzo y Margarita.

PAGE Gertrudis: Paddy lo mejor a falta de un chico.
WEBSTER Jean: Papaito "Piernas largas".
Mi querido enemigo.
ALANIC Matilde: Errores del corazón.
RUCK Berta: La muchacha que se declaró.
BUCK Pearl: Amor.
DINIZ Julio: La mayorazga de los cañaverales.
GIR Hde: Y al fin de la boda.

GUARESCHI Giovanni: La vuelta de Don Camilo.
CANE, Miguel: Juvenilla.
FOX Genevieve: Susana de Montes Verdes.
LINEARES BECERRA C.: De pie en el umbral.
LE MAIRE E.: Muchachas casaderas.
LINEARES Luisa M.: La vida comienza a medianoche.
BUZZATI Dino: Los siete mensajeros.

NOVELAS SENTIMENTALES PARA MAYORES DE 13 AÑOS

FLORAN M.: El heredero.
FOREMAN-LEURS E.: Ho-Ming, hija de la nueva China.
HINZELMAN H.: Las dificultades de Gloria.
LANDRIEU M.: Una hermanita.
LEW A. de: Año de promesas.
Una carrera para Jennifer.
LINEARES BECERRA C.: Diez días millonarios.
PEREZ Y PEREZ R.: Clara y María.
El misterio de Gestain.
El segundón.
MUÑEQUILLA.
SEGUI, CONDESA de: El genio malo.
La fortuna de Gaspar.
SPYRI J.: Lorenzo y Margarita.
WEBSTER J.: Papaito piernas largas.
WITT, Mc. de: Mamá es un encanto.



CHANTEPLEURE Guy de: Mi primo Gerardo.
Novia de abril.
La de los ojos color del tiempo.
La pasajera.
WAST Hugo: El desierto de piedra.
Estrella de la tarde.
Le tiraría Ud. la primera piedra.
FOREMAN-LEURS E.: El verano de la nueva China.
KAYE M. M.: La muerte entra en Cachemira.
MARLITT E.: La princesita de los brezos.
ARDEL Henri: El verano de Guillermo.
La culpa ajena.
Esfigne amorosa.
Las vacaciones de los Brice.
Dos amores.
El ensueño blanco.

BARCLAY Florencia: El rosario.
La castellana de Shenstone.
Pared por medio.
BORDEAUX Henri: El miedo de vivir.
DELLY M.: La casa de los ruiseñores.
La paloma de Rudsay Mano.
Grandeza de alma.
Entre dos almas.
ACREMENTE G.: Las de los sonreíeros verdes.
MARTINEZ SIERRA G.: El amor catrático.
Tu eres la paz.
HOPE Anthony: El prisionero de Zenda.
WIRTA Guy: Nóni.

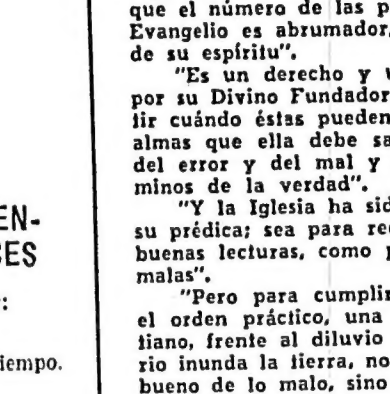
SCIMID Cristóbal: Genoveva de Brabant (Col. Juvenil Cadete).
COULOM J. de: Fuegos sobre el horizonte.
WITT Mme. de: Mamá es un encanto.
LEWU A. de: Una carrera para Jennifer.
FLOREN Mary: Heredero.
Mamá Cenicienta.
PEREZ Y PEREZ: Al borde de la leyenda.
Por el honor del nombre.
Lo imposible.
Esperanza.
Duquesa Inés.
FLEURIOT Zenaide: El diario de Ana.
SPYRI Juana: Lorenzo y Margarita.

PAGE Gertrudis: Paddy lo mejor a falta de un chico.
WEBSTER Jean: Papaito "Piernas largas".
Mi querido enemigo.
ALANIC Matilde: Errores del corazón.
RUCK Berta: La muchacha que se declaró.
BUCK Pearl: Amor.
DINIZ Julio: La mayorazga de los cañaverales.
GIR Hde: Y al fin de la boda.

GUARESCHI Giovanni: La vuelta de Don Camilo.
CANE, Miguel: Juvenilla.
FOX Genevieve: Susana de Montes Verdes.
LINEARES BECERRA C.: De pie en el umbral.
LE MAIRE E.: Muchachas casaderas.
LINEARES Luisa M.: La vida comienza a medianoche.
BUZZATI Dino: Los siete mensajeros.

NOVELAS SENTIMENTALES PARA MAYORES DE 13 AÑOS

FLORAN M.: El heredero.
FOREMAN-LEURS E.: Ho-Ming, hija de la nueva China.
HINZELMAN H.: Las dificultades de Gloria.
LANDRIEU M.: Una hermanita.
LEW A. de: Año de promesas.
Una carrera para Jennifer.
LINEARES BECERRA C.: Diez días millonarios.
PEREZ Y PEREZ R.: Clara y María.
El misterio de Gestain.
El segundón.
MUÑEQUILLA.
SEGUI, CONDESA de: El genio malo.
La fortuna de Gaspar.
SPYRI J.: Lorenzo y Margarita.
WEBSTER J.: Papaito piernas largas.
WITT, Mc. de: Mamá es un encanto.



CHANTEPLEURE Guy de: Mi primo Gerardo.
Novia de abril.
La de los ojos color del tiempo.
La pasajera.
WAST Hugo: El desierto de piedra.
Estrella de la tarde.
Le tiraría Ud. la primera piedra.
FOREMAN-LEURS E.: El verano de la nueva China.
KAYE M. M.: La muerte entra en Cachemira.
MARLITT E.: La princesita de los brezos.
ARDEL Henri: El verano de Guillermo.
La culpa ajena.
Esfigne amorosa.
Las vacaciones de los Brice.
Dos amores.
El ensueño blanco.

BARCLAY Florencia: El rosario.
La castellana de Shenstone.
Pared por medio.
BORDEAUX Henri: El miedo de vivir.
DELLY M.: La casa de los ruiseñores.
La paloma de Rudsay Mano.
Grandeza de alma.
Entre dos almas.
ACREMENTE G.: Las de los sonreíeros verdes.
MARTINEZ SIERRA G.: El amor catrático.
Tu eres la paz.
HOPE Anthony: El prisionero de Zenda.
WIRTA Guy: Nóni.

SCIMID Cristóbal: Genoveva de Brabant (Col. Juvenil Cadete).
COULOM J. de: Fuegos sobre el horizonte.
WITT Mme. de: Mamá es un encanto.
LEWU A. de: Una carrera para Jennifer.
FLOREN Mary: Heredero.
Mamá Cenicienta.
PEREZ Y PEREZ: Al borde de la leyenda.
Por el honor del nombre.
Lo imposible.
Esperanza.
Duquesa Inés.
FLEURIOT Zenaide: El diario de Ana.
SPYRI Juana: Lorenzo y Margarita.

PAGE Gertrudis: Paddy lo mejor a falta de un chico.
WEBSTER Jean: Papaito "Piernas largas".
Mi querido enemigo.
ALANIC Matilde: Errores del corazón.
RUCK Berta: La muchacha que se declaró.
BUCK Pearl: Amor.
DINIZ Julio: La mayorazga de los cañaverales.
GIR Hde: Y al fin de la boda.

GUARESCHI Giovanni: La vuelta de Don Camilo.
CANE, Miguel: Juvenilla.
FOX Genevieve: Susana de Montes Verdes.
LINEARES BECERRA C.: De pie en el umbral.
LE MAIRE E.: Muchachas casaderas.
LINEARES Luisa M.: La vida comienza a medianoche.
BUZZATI Dino: Los siete mensajeros.

NOVELAS SENTIMENTALES PARA MAYORES DE 13 AÑOS

FLORAN M.: El heredero.
FOREMAN-LEURS E.: Ho-Ming, hija de la nueva China.
HINZELMAN H.: Las dificultades de Gloria.
LANDRIEU M.: Una hermanita.
LEW A. de: Año de promesas.
Una carrera para Jennifer.
LINEARES BECERRA C.: Diez días millonarios.
PEREZ Y PEREZ R.: Clara y María.
El misterio de Gestain.
El segundón.
MUÑEQUILLA.
SEGUI, CONDESA de: El genio malo.
La fortuna de Gaspar.
SPYRI J.: Lorenzo y Margarita.
WEBSTER J.: Papaito piernas largas.
WITT, Mc. de: Mamá es un encanto.

ACERCA DEL PROBLEMA DE LAS LECTURAS

"Si nosotros examinamos los libros, diarios y revistas y todo género de publicaciones que se exhiben en escaparates y kioscos, o se venden por la calle, notaremos que el número de las publicaciones que no están con el Evangelio es abrumador, frente al de las que se nutren de su espíritu."

"Es un derecho y un deber de la Iglesia, impuesto por su Divino Fundador, el vigilar las lecturas, y advertir cuándo éstas pueden servir de ruina espiritual a las almas que ella debe salvar y santificar, preservándolas del error y del mal y alentándolas al bien por los caminos de la verdad."

"Y la Iglesia ha sido clara, categórica y enérgica en su prédica; sea para recomendar, difundir y sostener las buenas lecturas, como para anatematizar y combatir las malas."

"Pero para cumplir estas directivas se necesita, en el orden práctico, una institución que advierta al cristiano, frente al diluvio de producción escrita que a diario inunda la tierra, no sólo para que pueda discernir lo bueno de lo malo, sino también para que pueda conocer los infinitos matices que hay entre estos dos extremos y que cada uno debe tener en cuenta de acuerdo a sus necesidades y su peculiar estado de espíritu."

"Con ese fin, y con nuestro total beneplácito y aprobación, la Junta Nacional de Acción Católica ha establecido una "COMISION DE LIBROS, PRENSA Y PUBLICACIONES" dependiente del Secretariado Nacional de Defensa de la Moral Cristiana."

"Tanto las personas que integran esta Comisión — debidamente asesoradas por Sacerdotes ilustrados — así como la técnica de trabajo, son toda una garantía de la eficiencia de su labor, que, por otra parte, está en sintonía con la que realizan instituciones similares en otros países; lo que garantiza, en sus directivas la seguridad de un criterio cristiano."

"A los fieles urgimos la observancia de las directivas de este organismo que trabaja por Nuestro mandato, cuyos fallos podrán ser discutidos, pero que deben ser acatados por ese espíritu de disciplina que caracteriza la vida del cristiano, sobre todo en un problema como éste, que traduce la natural solicitud de la Iglesia y la preocupación de cuantos llevamos la responsabilidad de las almas."

"Será éste nuestro mejor homenaje a Cristo nacido en el Portal de Belén."

De la PASTORAL DE ADVIENTO sobre Libros, Prensa y Publicaciones, por su Excia. Revma. el Sr. ARZOBISPO DE MONTEVIDEO, Mons. Dr. D. ANTONIO MARIA BARBIERI.

FOSTER Harold: El Príncipe Valiente.
El Príncipe Valiente contra Atila.
El Príncipe Valiente en el mar.
THWAIN Mark: Principito y mendigo.
SEWEL Ana: Azabache.
MAY Karl: La venganza de Winneton.
La isla del desierto.
La cabeza del diablo.
GILSON Charles: El agente secreto.
Tabú.
El nenúfar escarlata.
El rebelde de Novara.
MEREDITH P.: La ciudad de las sombras.

BURROUGHS E. Rice: Piratas de Venus.
Carson en Venus.
Perdido en Venus.
WY BORN: Los valles misteriosos.
BUTCH Reynolds: Gem.
SIENKIEWICZ H.: A través del desierto.
BAVARD E.: El desterrado del desierto.
SCOTT, Walter: Ivanhoe "El cruzado".
NOEL Capitán: A través del Tibet hasta el Everest.

FOSTER Harold: El Príncipe Valiente.
El Príncipe Valiente contra Atila.
El Príncipe Valiente en el mar.
THWAIN Mark: Principito y mendigo.
SEWEL Ana: Azabache.
MAY Karl: La venganza de Winneton.
La isla del desierto.
La cabeza del diablo.
GILSON Charles: El agente secreto.
Tabú.
El nenúfar escarlata.
El rebelde de Novara.
MEREDITH P.: La ciudad de las sombras.

BURROUGHS E. Rice: Piratas de Venus.
Carson en Venus.
Perdido en Venus.
WY BORN: Los valles misteriosos.
BUTCH Reynolds: Gem.
SIENKIEWICZ H.: A través del desierto.
BAVARD E.: El desterrado del desierto.
SCOTT, Walter: Ivanhoe "El cruzado".
NOEL Capitán: A través del Tibet hasta el Everest.

FOSTER Harold: El Príncipe Valiente.
El Príncipe Valiente contra Atila.
El Príncipe Valiente en el mar.
THWAIN Mark: Principito y mendigo.
SEWEL Ana: Azabache.
MAY Karl: La venganza de Winneton.
La isla del desierto.
La cabeza del diablo.
GILSON Charles: El agente secreto.
Tabú.
El nenúfar escarlata.
El rebelde de Novara.
MEREDITH P.: La ciudad de las sombras.

BURROUGHS E. Rice: Piratas de Venus.
Carson en Venus.
Perdido en Venus.
WY BORN: Los valles misteriosos.
BUTCH Reynolds: Gem.
SIENKIEWICZ H.: A través del desierto.
BAVARD E.: El desterrado del desierto.
SCOTT, Walter: Ivanhoe "El cruzado".
NOEL Capitán: A través del Tibet hasta el Everest.

FOSTER Harold: El Príncipe Valiente.
El Príncipe Valiente contra Atila.
El Príncipe Valiente en el mar.
THWAIN Mark: Principito y mendigo.
SEWEL Ana: Azabache.
MAY Karl: La venganza de Winneton.
La isla del desierto.
La cabeza del diablo.
GILSON Charles: El agente secreto.
Tabú.
El nenúfar escarlata.
El rebelde de Novara.
MEREDITH P.: La ciudad de las sombras.

BURROUGHS E. Rice: Piratas de Venus.
Carson en Venus.
Perdido en Venus.
WY BORN: Los valles misteriosos.
BUTCH Reynolds: Gem.
SIENKIEWICZ H.: A través del desierto.
BAVARD E.: El desterrado del desierto.
SCOTT, Walter: Ivanhoe "El cruzado".
NOEL Capitán: A través del Tibet hasta el Everest.

FOSTER Harold: El Príncipe Valiente.
El Príncipe Valiente contra Atila.
El Príncipe Valiente en el mar.
THWAIN Mark: Principito y mendigo.
SEWEL Ana: Azabache.
MAY Karl: La venganza de Winneton.
La isla del desierto.
La cabeza del diablo.
GILSON Charles: El agente secreto.
Tabú.
El nenúfar escarlata.
El rebelde de Novara.
MEREDITH P.: La ciudad de las sombras.

BURROUGHS E. Rice: Piratas de Venus.
Carson en Venus.
Perdido en Venus.
WY BORN: Los valles misteriosos.
BUTCH Reynolds: Gem.
SIENKIEWICZ H.: A través del desierto.
BAVARD E.: El desterrado del desierto.
SCOTT, Walter: Ivanhoe "El cruzado".
NOEL Capitán: A través del Tibet hasta el Everest.

FOSTER Harold: El Príncipe Valiente.
El Príncipe Valiente contra Atila.
El Príncipe Valiente en el mar.
THWAIN Mark: Principito y mendigo.
SEWEL Ana: Azabache.
MAY Karl: La venganza de Winneton.
La isla del desierto.
La cabeza del diablo.
GILSON Charles: El agente secreto.
Tabú.
El nenúfar escarlata.
El rebelde de Novara.
MEREDITH P.: La ciudad de las sombras.

BURROUGHS E. Rice: Piratas de Venus.
Carson en Venus.
Perdido en Venus.
WY BORN: Los valles misteriosos.
BUTCH Reynolds: Gem.
SIENKIEWICZ H.: A través del desierto.
BAVARD E.: El desterrado del desierto.
SCOTT, Walter: Ivanhoe "El cruzado".
NOEL Capitán: A través del Tibet hasta el Everest.

LA ULTIMA VISITA

ERA en Belén al despertar el día. La Estrella había desaparecido, el último peregrino había abandonado el establo, la Virgen orlaba la paja, el Niño al fin iba a dormir. ¿Es que se duerme la noche de Navidad?...

Suavemente la puerta se abrió, parecía más bien empujada por un hálito que por una mano, y una mujer apareció en el umbral, cubierta de harapos, tan vieja y tan arrugada que, en su cara color tierra, su boca parecía ser una arruga más.

Al verla, María siente miedo, como si fuera un hada mala la que entraba. ¡Felizmente, Jesús dormía! El asno y el buey masticaban pasivamente la paja y miraban avanzar a la extranjera sin demostrar asombro, como si ellos la hubieran conocido siempre. La Virgen no dejaba de mirarla. Cada paso que ella daba le parecía largo como siglos.

La vieja seguía avanzando y ya estaba junto al pesebre. ¡Gracias a Dios, Jesús dormía siempre! ¿Es que se duerme la noche de Navidad?...

De pronto, el Niño abre los párpados, y su Madre queda muy asombrada al ver que los ojos de la mujer y los de su hijo eran exactamente iguales y brillaban con la misma esperanza.

La vieja se inclinó entonces sobre la paja, mientras su mano buscaba entre los pliegues de sus harapos una cosa que parecía poner siglos en encontrarla. María la miraba tiempore con la misma inquietud. Las bestias también la miraban, pero sin sorpresa,

Cuento por GERONIMO y JUAN ZHAURAUD, de la Academia Francesa

como si supieran ya lo que iba a suceder.

En fin, al cabo de un largo tiempo, la vieja concluyó por sacar de sus vestidos un objeto escondido en su mano y lo entregó al Niño.

Después de todos los tesoros de los Magos y las ofrendas de los pastores, ¿qué era ese presente? Desde donde estaba María, no se lo podía ver. Solamente veía la espalda encorvada por los años y que al inclinarse sobre la cuna, se encorvaba aún más. Pero el asno y el buey lo veían y no se asombraban.

Esto duró todavía un largo tiempo. Después, la vieja mujer se levantó, como ali-

viada de un peso muy grande que la inclinara hacia la tierra. Sus espaldas no estaban ya encorvadas, su cabeza tocaba casi la choza, milagrosamente su rostro había recobrado su juventud; y cuando ella se apartó de la cuna para llegar a la puerta y desaparecer en la noche, de donde había venido, María pudo ver, al fin, lo que era su misterioso presente.

¡Eva (porque era ella) acababa de entregar al Niño una pequeña manzana, la manzana del primer pecado (y de otros tantos que le siguieron)! Y la pequeña manzana roja brilló en las manos del recién nacido, como el globo de la Nueva Era que acababa de nacer con él.

Tradujo Amalia Zumarán de Antuña.

CONSEJOS DE BELLEZA

No dejes vuestros productos de belleza cerca de las estufas. El calor destruye la composición de ciertas cremas y lociones haciéndolas inutilizables.

No dejes frascos destapados. Casi seguro de que no podéis consumir hasta la última gota de vuestro esmalte para las uñas porque lo habéis dejado destapado y lo encontráis seco o demasiado denso. Un poco de acetona en el frascuito dará al esmalte su primitiva fluidez.

En lugar de servirlos de algodón hidrófilo (que es poco absorbente) echad vuestra loción para la cara en el hueco de la mano y aplicadla directamente sobre ella. Realizaréis una economía del 50 por 100. O también, antes de servirlos del algodón mojado en agua pura, exprimíendole bien de manera que no absorba demasiado producto.

Es casi seguro que debéis comprar con frecuencia la lima, por que la habéis dejado en el baño, o aquí o allá y se ha puesto herrumbrosa. Poned todos vuestros productos, polvos, cremas,

etc. en una caja de cartón y no dejéis nada tirado.

No meréis los restos de distintos perfumes creyendo realizar una "creación" especial. En vez de dos buenos productos haréis una cosa "imposible", que no servirá para nada.

Para el agua colonia comprad un pulverizador y otro para los perfumes. Si lo hacéis así, ahorraréis siempre.

No tiréis el plumón para polvos cuando es viejo y está sucio. Desechadlo tres o cuatro días en polvos de talco y se pulirá solo.

Para los polvos comprad una caja con un pequeño tamiz que deja pasar poco producto. Gran economía.

Para pulir el rostro, comprad de ese papel sedado flexible. (En cualquier perfumaría se vende muy barato) que lo tiraréis después del uso. Ahorrraréis lechería, lavado y planchado.

Tened cuidado con vuestro cepillo de dientes. Ejuagadlo después de usarlo, y secadlo con un paño seco. Durará mucho más.

DOSA SARA.



UNA SELECCION DE LECTURAS...

(Viene de 7ª pag.)
ANONIMO: Los caballeros del Rey Arturo.
ORCZY Baronesa de: Castillos en el aire.
SABATINI Rafael: La espada del Islam.
Susana de Bellecourt.
Capitan Blood.
El veranillo de San Martín.
STEVENSON R. L.: La flecha negra.
SALGARI Emilio: Los tigres de la Malasia.
Yolanda la hija del Corsario Negro.
MERTON Thomas: La montaña de los siete círculos.
GREY Zane: Al Oeste de Pecos.

La estampida.
Los jinetes de la pradera roja.
Guardia de ladrones.
El cuchillo fatídico.
Lluvia de oro.
CURWOOD James O.: El rey de los osos.
El lazo de oro.
Cazadores de lobos.
Buscadores de oro.
Flor del Norte.
Bari, Hijo de Kazan.
Kazan perro lobo.
La atracción del abismo.
Las llanuras de Abraham.
MURRAY W. H.: La conquista del Everest.
COOPER Fenimore: El último mohicano.

SELECCION DE LIBROS PARA MUCHACHOS DE 11 AÑOS EN ADELANTE

Libros entretenidos, de aventuras, viajes y de cowboys

GREY Zane: Al Oeste de Pecos.
La estampida.
Los jinetes de la pradera roja.
Guardia de ladrones.
El cuchillo fatídico.
Lluvia de oro.
CURWOOD James O.: El rey de los osos.
Cazadores de lobos.
Buscadores de oro.
El lazo de oro.
Felipe Steel.
Flor del Norte.
Bari, Hijo de Kazan.
Kazan perro lobo.
La atracción del abismo.
Las llanuras de Abraham.
ANONIMO: Los caballeros del Rey Arturo.
STEVENSON R. L.: La flecha negra.
La isla del Tesoro.
Raptado.
El señor de Ballantrae.
ASSOLLANT A.: Las aventuras del Capitán Corcorán.
CODY W. P.: Buffalo Bill.
COOPER Fenimore: El último mohicano.
LONDON Jack: El llamado de la selva.
Colmillo blanco.
Jerry de las Islas.
Miguel hermano de Jerry.
MURRAY W. H.: La conquista del Everest.
NOL Capitán: A través del Tibet hasta el Everest.
BOURROUGHS E. R.: Phantas en Venus.
Carson en Venus.
Perdido en Venus.
GALGIE L.: Dos años en la luna.
WALLACE Lewis: Ben Hur. (Col. Juvenil Cadete).
ROCKWOOD Roy: Bomba y la montaña moviediza.
LEE N.: Terror en la aldea.
WHEELER O. y REUCH S.: Eduardo MacDowell y su calafía.

Entre los pinos.
BERNARDI G.: Aventuras de un pequeño policía.
SVENSON J.: Nonni.
SALGARI E.: Yolanda la hija del corsario negro.
El tigre de la Malasia.
La reina de los Caribes.
FOSTER H.: El Príncipe Valiente.
El Príncipe Valiente en el mar.
El Príncipe Valiente contra Attila.
GILSON Charles: El agente secreto.
El nenufar escarlata.
Tabú.
ANONIMO: Robin Hood (Col. Juv. Cadete).

NATOLI R.: Misterio y el elemento H.
WY BORN A.: Los valles misteriosos.
MEREDITH Peter: La ciudad de las sombras.
DRAFER A.: El rebelde de Novara.
BELLANI Rodolfo: El Capitán rebelde.
SIENCKIEWICZ H.: A través del desierto.
HAGGARD R.: Aventuras de Allan Quatermain.
M. G. CATHERART Dore: El valle del lago blanco.
RAYARD E. E.: El desterrado del desierto.
MAY Karl: La isla del desierto.
La cabeza del diablo.
La venganza de Winton.
SIENCKIEWICZ H.: Quo vadis? (Juv. Cad.)
GAMMON D.: Contra los dioses del oro.
DIAZ LAJA F.: Cuando los grandes hombres eran niños.
RAVIEL: Takunga.
GAIST Shamon: Jack London "La atracción de la aventura".
MURRAY W. H.: La conquista del Everest.

Estampas de México

Música de Xochimilco

La noche del trópico americano, bajo el chisporroteo de las estrellas, sorprendente como un fuego de bengala. Atrás quedaban, hundiéndose definitivamente en la sombra, las Cortes suntuosas, los campos de batalla, las victorias y las intrigas de Europa. Frente a sus ojos se extendía, como una inmensa manta de colores, México. A su lado, sosteniéndola del brazo galante, su esposa —el Emperador de la barba de tripa y de las manos de nieve— contemplaba la nueva tierra, sumida en sus meditaciones. Carlota parecía interrogar a la ciudad muda, preguntarle sobre su destino... Y, de pronto, se alzó en el silencio la respuesta de México, la voz estremecida del as guitarras

que hablaban de amor... y de muerte.

¡Infortunada Emperatriz! El embrujo de la música y de los cantos mexicanos la perseguirían hasta la celda de un convento, hasta el encierro pavoroso de un manicomio y hasta la tumba misma. Con la pareja imperial llegaron también la corte o el cortejo, los inmigrantes franceses —jóvenes y damiselas— anhelosos de fortuna y de aventuras. Una vida más intensa y ruidosa conmovió la calma todavia colonial del antiguo Virreinato. Era la estación del amor, y las bodas se multiplicaban por todas partes. Los grupos de guitarristas nativos eran contratados especialmente para esos marriages. De ahí el nombre de mariachis con

que se designa, desde aquellos tiempos, a estos músicos incomparables. Sólo que, de las bodas, se fué pasando insensiblemente a otras ceremonias diferentes, epilogadas a veces por descargas de fusilería.

Ni Maximiliano ni Carlota sabían interpretar con exactitud el lenguaje de las guitarras. A las orquestas de Chapultepec les sucedieron las cabalgatas y los disparos, las escaramuzas en las ciudades sitiadas, las sorpresas y las batallas. Los mariachis ya no cantaban a las novias sino a Juárez, el enamorado de la Patria. Juárez, el novio austero de la libertad, llegaba al frente de sus decorados batallones de obreros, artesanos y estudiantes, destrui-

yendo a cargas cerradas los cuadros de un ejército disciplinado que retrocedía rindiendo a su Emperador. Juárez era el conductor de esa Orquesta Mayor de mariachis, que venía a dar la serenata de la muerte a la monarquía en América.

Las guitarras hablaban un idioma de lamentos, un tembloroso y entrecortado lenguaje de lágrimas, bajo las ventanas del palacio de Carlota, cuando Maximiliano fué ejecutado, pagando con su vida las maquinélicas combinaciones de las familias reales de Europa.

Los cantores populares de México cuentan esta historia, rascando sus guitarras y sus vihuelas, mientras se deslizan las barcas floridas por los apacibles y soleados canales de Xochimilco. Cuentan esta historia y cien historias más de amor y de ternura, de gracia y heroísmo. Los mariachis no viven sino cantando. Su canto es un himno a la efímera felicidad de este mundo.

J. CARRERA ANDRADE.

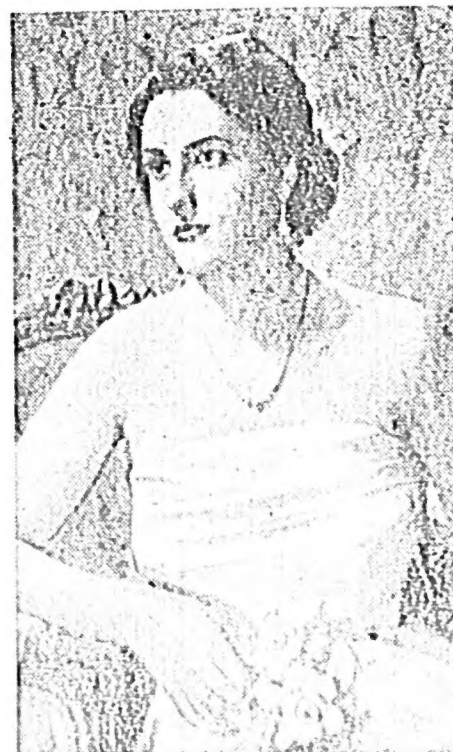
Su cutis... ¿parece "revocado"?

¡UD. NECESITA ESTA BASE DE POLVOS LIVIANA Y SUTIL!

Observe su cutis bajo el maquillaje: ¿Se ve grueso, tosco, con el aspecto rugoso de un revocado?... ¡No vacile! Rechace la base gruesa y ensaye el arreglo natural, livianito, juvenil, que "hace" Crema Pond's "V" como base de polvos.

LA MASCARA REFRESCANTE "1 MINUTO" de CREMA POND'S "V" reaviva y estimula el cutis instantáneamente! La acción queratolítica de Crema Pond's "V", disuelve las partículas de piel muerta y deja el rostro fresco, renovado, ¡embellecido!

CREMA POND'S "V"



Mora Guevara de la Sastre
Interesante figura de la sociedad argentina, afirma: "Quien prueba Crema Pond's "V", no podrá usar ninguna otra base de polvos... ¡Es tan fina y delicada...!"

En su viaje al exterior NO PIERDA CONTACTO

CON EL URUGUAY

LA EDICION INTERNACIONAL

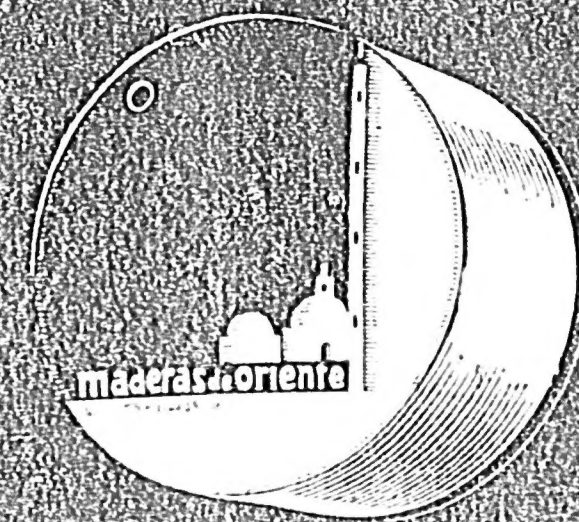
DE EL BIEN PUBLICO

LIGA A CUALQUIER PAIS DEL MUNDO EN POCAS HORAS

Un cutis suave y radiante

Polvos MADERAS DE ORIENTE

EXTRACTO LOCION AGUA DE COLONIA JABON



MYRURGIA

EL BIEN PUBLICO ★ **Pág. 11**

BLUSA DE ENCAJE AL CROCHET

Esta elegante blusa tejida en hilo al crochet, tiene la doble ventaja de ser liviana y de gran duración. Tejida en hilo crudo o blanco, acompaña las faldas acampanadas de telas de fantasía o el tailleur de cualquier color. El esquema del punto es de tamaño natural y las medidas de las cadenas que damos son para un talle 46.

Espalda: tejer una cadena de 228 puntos,
Delantera: " " " " 233 "
Puños: " " " " 144 "
Cuello: " " " " 160 "

Al cuello y a los puños hacerles un borde de medio punto. El borde de la delantera hacerlo de doble vareta, formando en el borde derecho los ojales.

PUNTO. — 1ª hil.: 1 d. v. en el 4º p. a partir de la ag. * saltar 2 p., 1 grupo de 1 d. v., 4 cad., 1 d. v. en el p. sig., saltar 2 p., 1 d. v. en los 2 p. sig.; rep. desde * hasta term. la hil. (32 molivos). 2ª hil.: 2 cad., volver, 1 d. v. en la 2ª d. v., * 5 cad. saltar el grupo de la d. v., 4 cad. y d. v., tej. 1 d. v. en las 2 d. v. sig.; rep. desde * hasta term. la hil. La cad. sobre la cual se da vuelta el tej. se cuenta como 1 d. v. 3ª hil.: 2 cad., volver, 1 d. v. en la 2ª d. v., * 1 cad., 1 m. p. sobre las 5 cad. de la hil. anterior y las 4 cad. de la 2ª hil. de abajo, 2 cad., 1 d. v. en las 2 d. v. sig.; rep. desde * hasta term. la hil. 4ª hil.: 2 cad., volver, 1 d. v. en la 2ª d. v., * 1 grupo de 1 d. v., 4 cad. y 1 d. v. en el m. p. sig., 1 d. v. en las 2 d. v. sig.; rep. desde * hasta term. la hil. Rep. las 3 hil. últimas para formar el p.

◆ CONTESTANDO

A MOROCHA. — Para hacer los mantelitos individuales de rafia tejidos en el telar, le recomiendo que prepare la rafia sumergiéndola, antes de trabajarla, en un baño de agua con glicerina, en esta proporción: para 1 litro de agua, 100 gramos de glicerina, y dejándola en él 12 horas. Luego la deja secar a la sombra. En esta forma le quedará brillante y flexible al tejerla. Si desea teñirla de color, me lo comunica, así le indico la forma de hacerlo.

A MOROCHA, (Montevideo). — Para hacer los mantelitos individuales de rafia tejidos en el telar, le recomiendo que prepare la rafia sumergiéndola, antes de trabajarla, en un baño de agua con glicerina, en esta proporción: para 1 litro de agua, 100 gramos de glicerina, y dejándola en él 12 horas. Luego la deja secar a la sombra. En esta forma le quedará brillante y flexible al tejerla. Si desea teñirla de color, me lo comunica, así le indico la forma de hacerlo.

—oOo—

Por consultas sobre labores dirigirse a Miss MAC NUTT, Suplemento Femenino de EL BIEN PUBLICO.



SIEMPRE EN CAPILLA

(Viene de 10ª pág.)

dado que puse en no llamar la atención, bastará con decir que en el rellano choqué con el macetero y se cayó el jarrón de las flores de papel.

Martino comió una rebanada de pan con queso y jamón y se dio por satisfecho. Yo sentía el estómago agarrotado y, aunque quise acompañarle, no pude dar fin a la manzana que empecé.

De pronto, Martino comenzó a jugar con un cuchillo. Mis ojos toparon con la acerada hoja y él lo advirtió. Lo echó al aire y quedó clavado duramente en la mesa. Disimulé mi impresión, pero el asesino acreó su rostro hasta rozar el mío y susurró:

—¿Qué piensas?

No articulé palabra.

—¡Volvería a matarla! ¡Cien veces si tuviera cien vidas!

Se produjo un silencio violento. Al cabo añadió, en un sibilante cuchicheo:

—Durante cinco años preparé mi evasión sólo para matarla.

Me erguí. Algo más que sus palabras me había helado la sangre.

—¡Hable más alto, Martino!

¡Grite!

De su garganta escapó un lamento discordante, quebrado como si una aguja le atravesara las cuerdas vocales.

El pánico me paralizó. Me quedé tenso, inmóvil como una estatua. Luego me levanté y fui retrocediendo poco a poco, hasta que choqué con la puerta. Las pupilas de Martino me perseguían azoradas. Su cara había perdido todo rastro de color. Sólo yo podía darme cuenta de su miedo. Se me acercó vacilante. Tenté el pomo de la puerta y lo así con fuerza.

—¡No se vaya!— susurró con horrible ronquera.

Leí en sus ojos una sorda desesperación. El debió de leer lo mismo en los míos. Nos quedamos escrutándonos mutuamente, buscando firmeza uno en otro.

Intervino "Penique". Le oímos maullar y raspar la puerta con las uñas. Le abrí. Entró balanceándose, consciente de su importancia. Miró a Martino y le guiñó los ojos. Este, muy lentamente, bajó la cabeza, se agachó, abrió los brazos y el gato se alzó sobre las patas traseras encaramándose a su hombro.

—Ya volveré— le dije—. En seguida volveré.

Traspuse el dintel y me lancé escaleras abajo saltando los peldaños de dos en dos.

Alexander me vió entrar en el consultorio, demudado, perdido por completo la serenidad. No pude decir nada porque había un viejo bañándose un dedo en timol. Cogí a Alexander por el brazo y le hice entrar en el laboratorio.

—¡Se ha presentado la afonía! ¡Hay que ir a buscar a Jasper inmediatamente!

—¡Yo iré! ¡No dejes solo a Martino!

Lanzó su blusa blanca, salió por el gabinete y corrió al ropero en busca del abrigo.

—¡Se acabó la hora de visita, Honora— le oí gritar—. ¡No dejes entrar a nadie más!

Corrí detrás de él.

—¡Si no le encuentras en Saint Constantine, ve a casa de los Greene!

Se precipitó a la calle.

—¿Ocurre algo malo, doctor?— me preguntó Honora, alarmada.

—Ese pobre muchacho... resulta que ese pobre muchacho sufre una... excitación revulsiva local producida por... por la violencia de la urticaria.

Me fui escaleras arriba.

Encontré a Martino sentado en la cama cortando pedazos de queso para "Penique". Me senté en

un ángulo de la estancia sin decir nada. Así permanecimos por espacio de media hora. El gato nos hizo exhibiciones de pecho y panza frotándose la espalda por la alfombra, y nos enseñó a acrobillar pulgas a golpes de pata. Le interrumpió del cometido un golpecito dado en la puerta del dormitorio. Martino y yo, con los nervios de punta, dimos un salto.

—Soy Honora, doctor.

Abri la puerta lo justo para sacar la cabeza.

—¿Qué sucede?

—¿Le parece que le vende yo misma el dedo, doctor?

¿Qué dedo?

—El del señor de abajo.

—Es mejor que vuelva mañana.

No estoy ahora para eso.

—Es que no sabe si puede sacarlo ya del timol...

¡Válgame Dios! Corrí abajo y me hallé al viejo con el dedo en remojo. Treinta y cinco minutos de baño.

Le vendé un anular, blanco, arrugado, resbaladizo como un espárrago hervido.

Cuando fui a abrirle la puerta de la calle, vi que se paraba un coche de alquiler. Se apeó Alexander.

—No he dado con Jasper; se fué a Saint Constantine en la ambulancia y nadie sabe concretamente dónde puede estar. En casa de los Greene no le han visto esta mañana; les extraña enormemente que a esa hora no haya ido aún.

Subí en el coche y le grité al cochero:

—¡Métase en el centro de Spick!

Recorrí todas las callejuelas sin hallar rastro de la ambulancia; incluso me aventuré a pasar por delante de la vivienda de Nettie, la de los hoyuelos. Luego me adentré en la ciudad. Di la vuelta

hasta la clínica de nuestro querido colega y pasé por la avenida. De pronto me hallé frente a la mansión de los Greene. Hice detener el coche. Me apeé y me quedé parado, con los ojos fijos en el balcón del primer piso. Estuve así hasta que el cochero me miró de soslayo. Después subí las gradas del zaguán y llamé. Me abrió el criado de la cara de muerto y me hizo pasar en seguida. Al cruzar el salón estubo Imperio saludé con un movimiento de cabeza a cuatro personajes masculinos, vestidos de negro, con crenchia en medio y barba en punta, que permanecían en pie junto a la chimenea, inmóviles, sin decir palabra. No se siquiera si me vieron. Subí la escalinata aprisa, adentrándome en aquel mundo de balastradas y mármoles fríos, con un ansia vehemente de ver de nuevo a la reina de cristal. Cuando entré en su regia alcoba, un etéreo perfume de nardo me envolvió. La esposa de Sir William, enlutada hasta las piedras de sus pendientes, permanecía junto a la cabecera, ni tan rígida, ni tan orgullosa, ni tan confiada. En cuanto me vió movió los labios como si me saludara y se levantó para que pudiera acercarme a la enferma. Miré la cama. Vi una lámina de ámbar en forma de mujer. Un rostro demacrado y torturado. Unos ojos hundidos en las cuencas. La boca entreabierta, las delgadas manos asidas a las sábanas. De aquellos hermosos cabellos negros quedaba un nudo húmedo, medio deshecho sobre la almohada.

El ruido serrático de la respiración resonó en mi cerebro. Me quedé mirándola consternado. La madre tenía ojos en mí los ojos. Con un sobrehumano esfuerzo

oculté mi impresión y tenté el pulso de la joven. Entonces me vió. Balbuceó algo imposible de entender; su voz se había extinguido por completo. Se llevó la mano a la cabeza, en un ademán de desesperación, y me indicó que no podía respirar.

—Ya lo sé— murmuré—. Serán unas horas malas, pero todo irá bien, se lo aseguro.

Sus ojos negros se clavaron en los míos con una fuerza capaz de descubrir toda mi angustia. Parpadeó repetidas veces, movió los labios y extendió las manos hacia mí. No supe lo que quería decir. Sus afilados dedos asieron la punta de mi chaleco y tiró de él, atrayéndome hacia ella. Me incliné y su índice me señaló insistente. La respiración anhelosa y entrecortada le contrasta las facciones; de pronto echó atrás la cabeza emitiendo una sola palabra confusa, casi ininteligible:

—¡Gibbie!

Préstame, volví la cabeza y pregunté dónde estaba la enfermera.

—Yo soy la enfermera, doctor— me dijo la madre.

Vi brotar un raudal de lágrimas de aquellos ojos y comprendí que ya nunca más volverían a ser fríos.

Le pedí un vaso de agua.

(Continuará)

Foto Bandi Ender

COMUNICA A SU
CLIENTELA QUE AN-
TES DE TRASLADAR-
SE A PUNTA DEL ESTE,
ESTA A SUS ORDENES
POR EL TELEF. 5.37.50